



Voces de nuestra tierra

MITOS, LEYENDAS, CRÓNICAS, ENSAYOS, TRADICIONES Y POESÍAS

Voces de nuestra tierra

MITOS, LEYENDAS, CRÓNICAS, ENSAYOS, TRADICIONES Y POESÍAS

Ficha bibliográfica

Voces de nuestra tierra: Mitos, leyendas, crónicas, ensayos, tradiciones y poesías /
Compilación de Martha Fernández de López; edición de Alessandra Canessa --
Lima: Sociedad Nacional de Minería, Petróleo y Energía; Educación: sumando esfuerzos, 2006.
-- 128 p.; il. Col.; 22.5 cm.
"110 Años sumando esfuerzos por el desarrollo descentralizado del Perú"
Bibliografía: p. 123 –124
1. Mitos y leyendas – Perú – Literatura infantil
2. Tradiciones peruanas – Siglo XIX
3. Perú – Historia – Época Prehispánica – Poesías peruanas
4. Oro – Perú – Historia – Época Prehispánica – Crónicas
5. Tesoros encontrados – Perú – Leyendas
I. Fernández de López, Martha, comp.
II. Canessa, Alessandra, ed.
III. Sociedad Nacional de Minería, Petróleo y Energía (Perú)
398.09857

Voces de nuestra tierra. Mitos, leyendas, crónicas, ensayos, tradiciones y poesías
© 2006, Sociedad Nacional de Minería, Petróleo y Energía
Francisco Graña 671, Magdalena del Mar, Lima - Perú

Proyecto editorial y selección:	Martha Fernández de López
Cuidado de edición:	Alessandra Canessa Uccelli
Diagramación e ilustración:	Fabiola Odiaga Pinto
Equipo de trabajo:	Hugo Alvarez Mamani Luis Eduardo Fernández Rosina Jaime López Solórzano Raúl Manco Bastante Helí Valentín Marín Zegarra

ISBN: 9972 - 9785-1-6 (Tapa dura)

ISBN: 9972 - 9785-2-4 (Rústica)

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2006 - 3355

Primera edición: mayo 2006

Tiraje: 1000 ejemplares (Tapa dura)

5000 ejemplares (Rústica)

Impreso en el Perú – Printed in Perú

Gráfica Biblos S.A.

Tizón y Bueno 639

Lima 11

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, en ninguna forma
y por ningún medio, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del editor.



«110 años sumando esfuerzos por el desarrollo
descentralizado del Perú»

Voces de nuestra tierra

MITOS, LEYENDAS, CRÓNICAS, ENSAYOS, TRADICIONES Y POESÍAS

COMPILACIÓN DE MARTHA FERNÁNDEZ DE LÓPEZ



Índice

• PRÓLOGO	8
• INTRODUCCIÓN	10
• MITOS Y LEYENDAS	14
Origen del hombre de la Costa	16
El oro: mito incaico	17
La leyenda del Lago Titicaca	19
La Achiqué	20
Origen del fuego	22
La mina de sal	23
Cushish	24
La mina Auquicancha	26
El toro encantado	27
La laguna Negra	28
Leyenda del águila imperial	29
Los caciques suicidas	30
El muqui	32
El muqui y el niño pelinco	35
El muqui y las bolitas de juego	36
El muqui y el viejo nochero	37
Las minas de Cullqui - Yacu	38
El cerro Chalpón y el cerro Rajado, cruz de Dios y cruz del diablo	40
Los tesoros de la Mesa de Magallanes	42
• CRÓNICAS Y ENSAYOS	44
No hay río sin oro	46
El imperio de Huayna Cápac y sus hitos de oro	47
El Coricancha: cerco de oro	48
Génesis de la metalurgia americana	50
Orfebrería Chimú	51
Los Mochicas y el oro lunar	52
Palacios y tesoros incaicos	53
Plateros coloniales	54



Paisaje ascético, entraña del oro	56
Profanidad de los huaqueros	58
Del azogue y cómo fundían el metal	59
Oro del antiguo Perú	61
Del oro y plata	63
El botín de oro de Pizarro	65
El botín del Cuzco	67
La balsa de los tumbesinos	68
El oro perulero en Sevilla	70
Las minas coloniales	71
El reparto del botín	72
El oro necrófilo	73
Lima en 1713	75
Copé: El petróleo de los incas	76
• TRADICIONES	78
La Achirana del Inca	80
La gruta de las maravillas	81
Los tesoros de Catalina Huanca	83
Un cerro que tiene historia	84
La mina de Santa Bárbara	86
¡Arre borrico! Quien nació para pobre no ha de ser rico	91
¡Ijorra! ¡No hay que apurar la burra!	93
Después de Dios, Quirós	97
Un tesoro y una superstición	107
Los buscadores de entierros	109
• POEMAS	116
Las minas de Potosí	118
Coloniaje	119
Pedro de Acero	120
Los mineros salieron de la mina	121
• BIBLIOGRAFÍA	123



Prólogo

El libro *Voces de nuestra tierra* es una recopilación de mitos, leyendas, crónicas, ensayos, tradiciones y poesías que describe parte de la cultura milenaria del Perú, la misma que está ligada al desarrollo y la contribución de tres sectores productivos – minero, de hidrocarburos y eléctrico–, los cuales constituyen las vigas maestras que impulsan el crecimiento socioeconómico del país.

Al celebrar su 110 aniversario de fundación, la Sociedad Nacional de Minería, Petróleo y Energía (22 de mayo de 1896), que está plenamente identificada con la educación y la cultura de la nación, desea compartir y difundir el legado de nuestra historia, que fue escrita y relatada por ilustres personalidades, para lo cual pone a disposición de la comunidad educativa y la ciudadanía en general esta importante obra.



Voces de nuestra tierra es producto de un minucioso trabajo de análisis, recopilación y adaptación de documentos literarios que se encuentran en la memoria nacional, que guardan viejos anaqueles de bibliotecas, y ameritan ser rescatados del ingrato olvido para que las generaciones de hoy y del mañana se identifiquen con nuestra cultura y cultiven los valores que sembraron nuestros antepasados.

Un país sin mitos, leyendas y tradiciones es un país sin memoria. El Perú tiene un gran legado cultural, del cual debemos sentirnos orgullosos todos los que nacimos en esta tierra bendita. Es hora de que todos los peruanos escribamos juntos nuevos capítulos de nuestra historia, que de seguro reflejará el esfuerzo y trabajo de su gente por construir un futuro mejor.

Carlos del Solar
Presidente de la
Sociedad Nacional de Minería
Petróleo y Energía



Introducción

Suele decirse que un pueblo sin historia es un pueblo sin memoria. El Perú posee una vastísima historia enriquecida con los más diversos relatos. Los hay para todos los gustos y para todas las edades. Sin embargo, todo lo que se diga y escriba será poco para contribuir a que podamos conocernos y querernos más como peruanos.

Al ofrecerles este libro deseamos, jóvenes amigas y amigos, compartir con ustedes algunos de los mitos y leyendas que forman parte de nuestra historia popular. Muchos de ellos han sido recogidos por cronistas, aquellas personas que debían dar cuenta sobre todo lo que sucedía en el virreinato del Perú. Algunos habían sido parte de la historia y otros la habían escuchado de boca de otros. Como sigue sucediendo. Lo cierto es que de una u otra forma, cronistas como Pedro Cieza de León o Francisco de Xerez dejaron por escrito, y para suerte nuestra, las historias que oyeron de nuestros antepasados.

Muchos mitos y leyendas han sido recreados con gracia inigualable en un género denominado Tradiciones, brotado de la pluma de Ricardo



Palma. Como ustedes seguramente saben, don Ricardo fue director de la Biblioteca Nacional y escribió estas tradiciones teniendo en sus manos los valiosos documentos que existían en la Biblioteca. Cuando se le agotaba la fuente ponía en sus relatos lo que la imaginación le sugería. ¡Y vaya con la imaginación que tenía!

Y si de cronistas se trata no podemos dejar de recordar al ensayista don Raúl Porras Barrenechea. Al revés de don Ricardo, él fue un investigador que escribió muy en serio, pero cuando contaba historias del Perú encantaba como si a uno lo tocara con una varita mágica.

La poesía, en esencia, nos trasmite el sentimiento, la belleza y, aunque suene a incongruencia, la materialización de lo que somos como personas. Es que la poesía lo puede todo. Y cuando José Santos Chocano, José María Eguren o César Vallejo nos cantan o nos gritan desde el alma sus poemas, no hacen otra cosa que contarnos su forma de amar nuestra historia.

¡Cuánta historia! ¡Cuánto amor! ¿Lo compartimos?

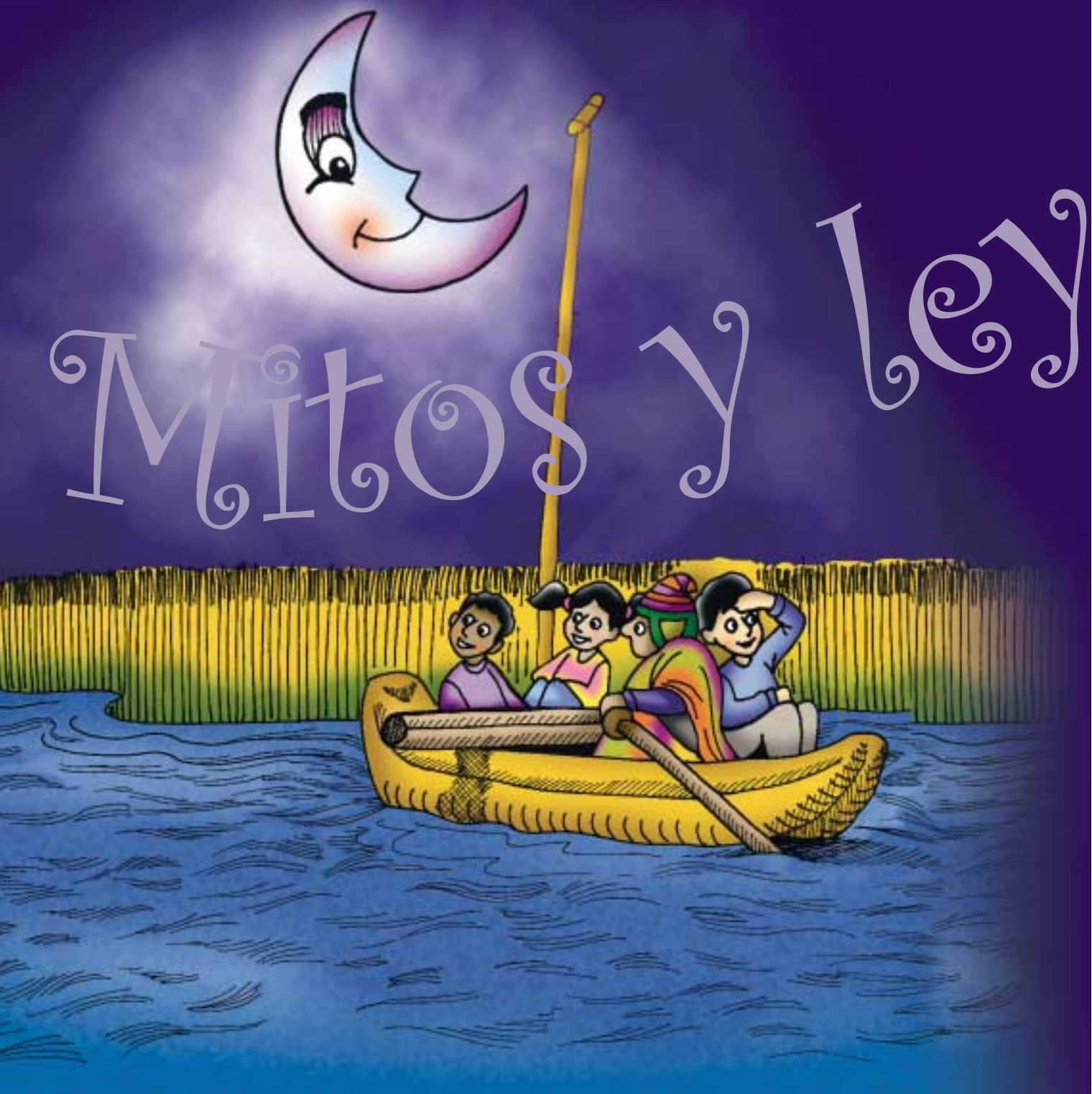


Voces de

nuestra tierra



Mitos y Ley



Endas

Mitos

El mito es una narración maravillosa, que proviene de la tradición oral, situada fuera del tiempo histórico, que relata acontecimientos protagonizados por personajes de carácter divino o heroico.

Los mitos cuentan sobre la creación y el origen del mundo, de grandes acontecimientos, de una cultura, con explicaciones fantásticas y simbólicas. Son creencias establecidas a través de generaciones, que no pueden ser verificadas de manera objetiva.

Leyendas

Las leyendas, como los mitos, provienen de la tradición oral. Basadas en hechos históricos o míticos, las leyendas narran acontecimientos significativos para un determinado pueblo o grupo humano.

Hablan de sucesos más tradicionales o maravillosos que históricos o verdaderos, y, como los mitos, no son verificables.

Origen del hombre de la Costa

Vichama, hijo de los dioses, al ver el mundo sin hombres
rogó a su padre, el Sol, que crease nuevos hombres.

El padre escuchó sus ruegos y envió tres huevos:
uno de oro, otro de plata y otro de cobre.

Del huevo de oro
salieron los curacas, los caciques y los nobles.

Del huevo de plata
salieron las ñustas.

Del huevo de cobre
salió la gente común.

El oro: mito incaico

Los Incas no inventaron las técnicas del oro; pero el oro fulgura, desde el primer momento de su aparición, en el valle de Vilcanota en los mitos de Tamputocco y Pacarictampu, como atributo esencial de su realeza, de su procedencia solar por la identificación de sol y oro en la mítica universal y de su mandato divino. Una fábula costeña, adaptada en la dominación incaica, relataba que del cielo cayeron tres huevos, uno de oro, otro de plata y otro de cobre, y que de ellos salieron los curacas, las ñustas y la gente común. El oro es, pues, señal de preeminencia y de señorío, de alteza discernida por voluntad celeste. Los fundadores del Imperio, las cuatro parejas paradigmáticas presididas por Manco Cápac, usan todavía la honda de piedra para derribar cerros, pero traen ya, como pasaporte divino, sus arreos de oro para deslumbrar a la multitud agrícola en trance de renovación. Los cuatro hermanos Ayar portan alabardas de oro, sus mujeres llevan *tupus* resplandecientes y en las manos *auquillas* o vasos de oro para ofrecer la chicha nutricia de la grandeza del Imperio. La figura de Manco, el fundador del Cuzco y de la dinastía imperial incaica, fulge de oro mágico solar y sobrenatural. (...)

En los cantares incaicos el dios Tonapa, que pasa fugitivo y miserable por la tierra, deja en manos de Manco un palo que se transforma luego en el *tupayauri* o cetro de oro, insignia imperial de los Incas. Manco sale en la leyenda de Tamputocco de una ventana, la Capactocco, enmarcada de oro, y marcha llevando en la mano el *tupayauri* o la barreta de oro que ha de hundirse en la tierra fértil y que le ha de defender de los poderes de destrucción y del mal. (...)

El oro se convierte para los Incas en símbolo religioso, señal de poderío y blasón de nobleza. El oro, escaso en la primera dinastía, obtenido penosamente de los lavaderos lejanos de Carabaya, brilla con poder sobrenatural en los



arreos del Inca (...) y se reserva para las vasijas del templo y la lámina de oro que sirve de imagen del sol colocada hacia el Oriente, que debe recibir diariamente los primeros rayos del astro divino y protector. La mayor distinción y favor de la realeza incaica a los curacas aliados y sometidos, será iniciarles en el rito del oro, calzándoles las ojotas de oro y dándoles el título de *apu*. Y los sacerdotes oraban en los templos para que las semillas germinasen en la tierra, para que los cerros sagrados echasen oro en las canteras y los Incas triunfasen de sus enemigos.

Los triunfos guerreros de los Incas encarecen el valor mítico del oro y su prestancia ornamental. El Inca vencedor exige de los pueblos vencidos el tributo primordial de los metales y el oro que ha de enriquecer los palacios del Cuzco y el templo de Coricancha. Todo el oro del Collao, de los Aymaraes y de Arequipa, y por último del Chimú, de Quito y de Chile, afluye al Cuzco imperial. Los ejércitos de Pachacútec vuelven cargados de oro, plata, *umiña* o esmeraldas, *mulli* o conchas de mar, *cha quira* de los yungas, oro finísimo del Tucumán y ríos Guarmeaucas, tejuelos de oro de Chile y oro en polvo y pepitas de los antis. El mayor botín dorado fue, sin embargo, el que se obtuvo después del vencimiento del señor del Gran Chimú, en tiempo de Pachacútec. (...) El general Cápac Yupanque, hermano del Inca y vencedor de los yungas de Chimú, reúne en el suelo de la plaza de Cajamarca –donde más tarde habría de ponerse el sol de los Incas, con otro trágico reparto– el botín arrebatado a la ciudad de Chanchán y a los régulos sometidos al Gran Chimú y a su corte enjorada y sensual, en el que contaban innumerables riquezas de oro y plata y sobre todo de “*pedras preciosas y conchas coloradas que estos naturales entonces estimaban más que la plata y el oro*”.

Raúl Porras Barrenechea





La leyenda del lago Titicaca

Cuenta la leyenda que en la gran meseta del Altiplano había una ciudad tan rica y poderosa que sus habitantes creían que todo el mundo debía mostrar sumisión ante ellos.

A ella llegaron unos nativos pobres y andrajosos, a quienes rechazaron y les pidieron que se vayan. Estos indios profetizaron la destrucción de la ciudad por terremotos, agua y fuego. Los pobladores se burlaron de los indios y los expulsaron a golpes. Los sacerdotes quedaron muy preocupados, e incluso algunos huyeron de la ciudad y se instalaron en el templo de la colina. Los pobladores también se burlaron de estos sacerdotes.

Hasta que llegó un día en el que una gran nube iluminó con una fuerte luz roja todo el cielo y la tierra. Luego cayó un enorme relámpago, se escuchó un gran trueno y la tierra tembló y se abrió. Solo los sólidos edificios de piedra se mantuvieron sin daño, pero luego comenzó a caer una lluvia roja. La tierra volvió a abrirse y uno a uno fueron cayendo las grandes y poderosas construcciones, hasta que no quedó ninguna en pie. Los canales de riego se destruyeron y los ríos se desbordaron, inundando lo poco que quedaba de la ciudad. Las aguas lo cubrieron todo y desde ese día se formó un gran lago sobre lo que fue la gran y poderosa ciudad. Así se formó el lago Titicaca.

Solo se salvaron los sacerdotes, pues ni el terremoto ni las aguas lograron derribar el templo de la colina. Ese sitio quedó como una isla, que hoy se llama Isla del Sol. También se salvaron los indios harapientos, que observaron desde lo alto de la colina como se destruía la grande y bella ciudad. De ellos nacieron los callawayas, que viven en el Altiplano y son curanderos de grandes habilidades.

En la actualidad, el lago Titicaca es el lago de agua dulce más grande de Sudamérica. Se encuentra en el Altiplano, entre el Perú y Bolivia, a cuatro mil metros de altura sobre el nivel del mar. Era considerado por los Incas un lugar sagrado, porque allí bajaron los hijos del dios Sol.



La Achiqué

En las afueras de un pueblo pequeño vivía una viuda enferma con sus dos hijitos. Pero el trabajo y los sufrimientos llevaron pronto a la tumba a la desdichada madre y los huerfanitos quedaron en el abandono, sin techo ni pan.

Un día, mientras la niña y su hermanito vagaban acosados por el hambre, vieron un gorrión que volaba con una flor de la papa en el pico y pensaron que si lo seguían llegarían donde había papas, producto muypreciado, y decidieron seguirlo.

En ese pueblo también vivía la Achiqué, una vieja harapienta muy mala, quien al saber que los niños habían quedado solos decidió darles muerte. Entonces, los atrajo a su choza con engaños, diciéndoles que les daría de comer. Así, mientras la niña partía leña para cocinar, la vieja cogió a su hermanito para darle muerte. Pero como el niño comenzó a llorar, la chica entró corriendo y, lanzando tierra a los ojos de la Achiqué, cargó a su hermanito sobre su espalda con la lliclla que tenía puesta, y huyó del lugar lo más pronto que pudo.

La vieja no tardó en seguirlos y ya iba a alcanzarlos, cuando llegaron junto a un cóndor, y la niña le pidió: “Tío cóndor, escóndenos bajo tus alas”, a los que el ave accedió. Apenas se habían escondido cuando la vieja llegó y preguntó: “Tío cóndor, ¿no has visto pasar una muchacha con un bulto en la espalda?”. El ave, conociendo las intenciones de la bruja, por toda respuesta le dio un aletazo haciéndola rodar. La niña aprovechó para huir, no sin antes agradecer al tío cóndor y decirle: “Tendrás buena vista y nunca te faltara comida”. Por eso el cóndor tiene una mirada tan penetrante que descubre su presa desde gran altura.

Nuevamente la Achiqué iba a alcanzarlos cuando encontraron un puma, que los defendió dándole un zarpazo tremendo a la Achiqué, haciéndola caer.



La niña, agradeciendo al felino, le dijo: “Tío puma, serás el más valiente de los animales”; y siguió escapando con su hermanito a cuestas.

Luego, llegaron donde el zorrillo, y la niña le pidió ayuda. Pero este se negó, y ella, enojada, le dijo que por eso tendría un olor repugnante y sería descubierto fácilmente por los cazadores. Justamente por el horrible olor la Achiqué se fue por otro lado, y los niños lograron llegar a una pampa sin ningún lugar donde esconderse.

En medio de la pampa divisaron un corderito y le pidieron que los ayudara. El corderito hizo caer del cielo una cuerda y cuando los niños subieron por ella encontraron el lugar que buscaban: la chacra de papas, donde vivieron felices desde entonces.

La Achiqué logró ver a los niños mientras subían por la cuerda y también pidió al corderito que la hiciera subir. El corderito le permitió subir. Mientras lo hacía, la vieja se dio cuenta de que había un pericote que estaba royendo el cabo. Entonces, la Achiqué, al ver que iba a caer sobre una roca, lanzó su maldición: “Que mi cuerpo se desparrame, que mis huesos se incrusten en la tierra y que mi sangre seque las plantas y hierbas”.

Ese fue el origen de la cordillera de los Andes, por eso tiene rocas con caras horrendas, y cuando uno grita el eco devuelve la voz de la bruja. Por eso, también, son áridos los valles y las faldas de los cerros de la Costa, donde cayó la sangre de la Achiqué.



Origen del fuego

Hace mucho tiempo atrás, los antiguos pobladores no tenían candela. Cuenta la leyenda que el chamán mandó a un frágil picaflor para que trajera candela de la casa del pájaro carpintero.

Dispuesto a cumplir con el encargo, el picaflor fue de muy buena gana.

Durante la travesía, lo sorprendió una lluvia torrencial. El picaflor quedó totalmente mojado y con frío. Estaba tan decepcionado que lloró.

El pájaro carpintero, que estaba muy cerca de él, al escuchar su llanto, no pudo contener la risa. Luego de un rato, recapacitó sobre su proceder, lo llamó y le dijo: “Hermano mío, ven a mi casa; si deseas algo, dímelo”.

El picaflor se acercó a él, y este lo llevo a su casa. En ella, se pusieron cerca del fuego para secar su plumaje.

Luego de un rato, el picaflor agarró un poco de fuego y se fue volando muy rápido.

Cuando el pájaro carpintero se percató que se estaba llevando el fuego, trato de impedirselo, pero le fue imposible, por la rapidez y habilidad del picaflor.

El picaflor puso el fuego en un gran árbol, que estaba totalmente seco, y lo encendió para que nunca se apague.

Desde ese día, los antiguos hombres han sacado fuego de allí.

La mina de sal

Cuentan los cronistas que había una mina de sal en las afueras del pueblo de Rioja.

Esta mina tenía una madre, que convertida en una viejita haraposa se presentó en la casa de una señora, que estaba preparando tortillas de yuca, muy populares en esa región.

La madre de la mina pidió a la señora que le invitara un pedacito de sus tortillas, para probar la sal. La señora accedió sin problema. La viejecita probó el trozo convidado, lo saboreó y luego estornudó sobre el batán donde estaba el resto de la masa de yuca, diciendo que le faltaba más sal. Cuando sucedió esto, la dueña de la casa se molestó mucho y la echó, insultándola por cochina.

La vieja, resentida, cuando salió de la casa, dijo: “Si no me quieren por aquí, me iré muy lejos... y hasta allá irán a buscarme”. Luego, se marchó.

La dueña de la casa no comprendió lo que la viejita quería decir, ni quién era. Pero esa noche, entre sueños, comprendió que era en realidad la Madre de la Sal.

Pasaron los días, y cuando los pobladores fueron como de costumbre a la mina a recoger sal para el pueblo, no la encontraron. Regresaron a sus casas muy apenados.

Cierta vez, un grupo de cazadores del pueblo se internaron en la selva en busca de animales, y encontraron allí una mina de sal, en las faldas de un cerro, en un lugar muy lejano de donde estuvo la mina anterior.

Desde ese día, el pueblo debe utilizar la sal de esa mina lejana.



Cushish

Había una vez, un cazador llamado Vinchaca, que vivía en Chiquián.

En una oportunidad, fue a cazar a las faldas del cerro Yarpun. Allí se encuentra ubicada una laguna, donde suelen reunirse gran cantidad de venados que bajan a tomar agua fresca. Vinchaca, como buen cazador que era, se escondió tras unas piedras, a esperar pacientemente la llegada de su presa.

Cuando esperaba por un venado, quedó sorprendido al ver salir de las aguas una bella niña de largos cabellos, que llevaba en una mano una vasija de oro y en la otra, un peine, también de oro. Luego, la niña tomó agua con el cuenco, mojó su larga cabellera y la peinó. Ella era la lagunita de Yarpun.

Vinchaca, con temor por lo que había visto, huyó corriendo. De ello se percató la niña, le gritó y lo hizo regresar e ingresar a la laguna. Esta era de aguas muy limpias, tanto que se veían todas las riquezas del fondo, cosa que asombró al cazador. Cuando ambos salieron de la laguna, la niña pidió a Vinchaca no contar nada de lo sucedido a nadie y le regaló una piedra blanca del tamaño de un puño, y le sugirió subir a lo alto del cerro Cushish y arrojarla desde allí.

Vinchaca cumplió con las indicaciones de la niña. La piedra rodó por la quebrada hasta una pequeña pampa. Donde se detuvo la piedra, había gran cantidad de plata en hojas. Él cargó con todo lo que pudo, y regresó a su pueblo. Cada vez que tenía necesidad, regresaba a la pampa y siempre encontraba plata.



La mina Auquicancha

Auquicancha es una altura. En tiempo de pastos aparecen por allí muchas vicuñas y venados. Una vez, subió a Auquicancha un cazador, y antes de que llegara la noche se puso a buscar un sitio apropiado para dormir. Entonces, apareció una indiecita muy linda, que en realidad era la mina de Auquicancha y lo condujo a un lugar abrigado.

Por delante de la joven la noche se abría sin ruido. El cerro Auquicancha por dentro era de puro oro, brillaba de tal manera que no se advertía que era de noche. Al amanecer, la joven regaló al cazador tanto oro cuanto pudo cargar en su poncho.

De regreso al pueblo, el cazador habló con su mujer y le rogó silencio. La mujer no pudo guardar el secreto y pronto todo el pueblo supo la noticia. Entonces, gran cantidad de gente se encamino a Auquicancha, obligando al cazador que les enseñara el camino. Cuando llegaron a la cumbre, sopló viento y apareció la mina de Auquicancha y todos le pidieron oro. La mina hizo que el monte se abriera y por la grieta fueron entrando todos, menos el cazador, a quien la mina no permitió pasar. Cuando no faltaba entrar nadie más, la mina se cerró, y desde entonces no se supo nada de ellos.



El toro encantado

Rasuhuilca es una laguna situada a unos quinientos kilómetros de la población de Huanta. Está en medio de otras lagunas, pero Rasuhuilca es la más grande y la principal. La laguna está en la cima de un cerro que domina la entrada del pueblo. Por eso, se ha construido en ella una represa que suministra agua para el regadío y el consumo del pueblo.

La tradición huantina dice que dentro de esta laguna se encuentra un toro negro, hermoso y corpulento, sujeto por una cadena de oro, cuyo extremo es guardado por una anciana de cabellos canos.

Dice también, que hace muchos años, el toro logró vencer a la anciana y salió a la superficie, e inmediatamente las aguas de la laguna se embravecieron y rompieron el dique con grandes oleajes, que inundaron Huanta y arrasaron la población, produciendo grandes estragos. Entonces, los indios de la altura echaron rápidamente lazo al toro y lo hundieron nuevamente. Desde aquel día, la gente teme que el toro pueda escaparse otra vez y la laguna inunde la floreciente y progresista ciudad de Huanta.



La laguna Negra

La laguna Negra es una laguna brava. Está en la altura, al pie de los cerros Huayllas y Huaylillas. Hay por allí muchos venados, y también hay vizcachas. Pero cuando uno va a cazar, hay que tener cuidado con la laguna porque es brava, encanta.

Una vez, al atardecer, un joven divisó una chacra de maíz entre las lomas, el viento movía las hojas y el maíz estaba amarillando, y pensó en ir a recoger choclos. Pero, le entró una sospecha: en la puna, donde estaba, no crece maíz porque lo mata el hielo. Entonces, prendió fuego a la paja y no bien voló al maíz, apareció espejando el agua. Era la laguna Negra. Otra vez apareció un campo de caña de castillo, todo doradito, y le gritó. Era un engaño, las cañas se hicieron humo y apareció oleando la laguna.

Otro día, fue a buscar carbón al cerro Huaylillas en su pollino. Dejó al burro en un potrero, pero cuando regresó ya no estaba. Lo buscó por todas partes hasta llegar a la laguna Negra, donde en vez de agua notó un pampón de tunas. Lo vio clarito. Pero no lo engañó la laguna, gritó fuerte: “¡Huy!, ¡Huy!”, el encanto desapareció y pudo ver el agua.

El primero de mayo, la gente sale al amanecer a buscar hierbitas en el cerro Huaylillas. Solo ese día el cerro bota toda clase de remedios: corontilla, culantrillo, orlambo, pacra, vira-vira, que sirven para curar dolencias. Además, la persona que es feliz encuentra de todo, y hasta puede encontrar plata. Una vez el cerro regaló una gallina de oro a un hombre. La gallina estaba parada sobre una peña, pero el hombre sabía que era un animal del cerro, así es que la mató, bebió su sangre y se volvió todita de oro.

La laguna Negra, dicen, baja de noche hasta Huamachuco para encantarlo. También persigue a la gente que pasa cerca o la atrae con engaños.

Leyenda del águila imperial

A pocas leguas del pueblo de Oyotún, ya en el término de ramales de la cordillera, en la planicie occidental del fecundo valle de Saña, existe un águila bicéfala, altanera y enorme, mirando al poniente. Es de gran altura y se divisa desde algunas leguas del referido valle. Se trata, en realidad, de un mayestático y colosal monumento antiquísimo de piedra. No se sabe si es obra de la naturaleza o de los primitivos moradores de la comarca. Pero el precioso tesoro monumental de granito existe, y encierra una leyenda.

Poco antes del establecimiento del Imperio Incaico, antes también de que los soberanos peruanos ostentaran la *mascaipacha* o símbolo de autoridad real, y la borla, cuando aún se adoraban los ríos, las iguanas y los árboles, un águila enorme recorrió las costas del antiguo Perú, buscando donde reposar. Todos los volátiles, temerosos, se escondieron, el cielo no fue surcado por animal alguno, todos los nidos estaban ocupados y solo el águila bicéfala revoloteaba alrededor de los cerros y de las alturas, mirando constantemente el sol. Ya al caer de la tarde, mirando la luz del astro, se dirigió a él para buscarlo y seguirlo, pero en ese preciso instante se produjo un eclipse total que perturbó al águila, quien creyendo que había llegado la noche eterna se posó sobre la parte más alta de un cerro, que desde entonces lleva el nombre de cerro del Águila.

Esta leyenda es símbolo de la muerte de antiguas devociones y creencias, y del triunfo del mito solar y de su culto, al establecerse la dinastía de los Incas.



Los caciques suicidas

La provincia de Cotac-pampas (llano de mineros) estaba en los tiempos del último inca dividida en dos cacicazgos, cuyos límites marcaba la cordillera de Acca-cata.

El más importante de los cacicazgos era conocido con el nombre de Yanahuara, y su vecino con el de Cotaneras. Aún existen, en ruinas, los dos palacios que habitaron los respectivos señores feudales.

El cacique de Yanahuara tenía ya reunida inmensa cantidad de oro para contribuir al rescate de Atahualpa, cuando recibió la noticia de que los españoles habían dado muerte al soberano. El cacique mandó construir entonces una escalera de piedra, que le sirvió para transportar el tesoro a la empinada cueva de Pitic; luego hizo destruir la escala y se enterró vivo en aquella inaccesible altura.

Los naturales agregan que en ciertos aniversarios fúnebres se ve, en medio de las tinieblas de la noche, un ligero resplandor, que para ellos representa el espíritu de su cacique vagando en el espacio.

En la época de los Incas se sacaba mucho oro de los terrenos auríferos de Cotac-pampas, y aún es fama que en 1640 trabajaban cuatro portugueses

la mina Hierba uma con pingüe provecho. Una noche armóse entre ellos grave pendencia, recurrieron a las armas, murieron tres, acudió la justicia, y el portugués que quedó con vida, para no caer preso, acercó la lámpara a un barril de pólvora, cuya explosión ocasionó el derrumbe de la mina.

En el primer año de la fundación de Lima, dispuso don Francisco Pizarro que se trajesen en trailla indios de los alrededores de la ciudad para que sirviesen de albañiles.

El cacique de Huansa y Carampoma se negó tenazmente a cumplir una orden que humillaba la dignidad de los suyos; y en la imposibilidad de oponer resistencia al despótico mandato prefirió, a ser testigo del envilecimiento de sus súbditos, enterrarse en una cueva, cuya boca hizo cubrir con una gran piedra labrada.

Hoy mismo, siempre que los indios de la provincia de Huarochirí celebran sus fiestas, llevan flores y provisiones que colocan sobre dicha piedra, y consideran el nombre del cacique como el de un genio protector de la comarca.

Ricardo Palma



El muqui

El muqui es un duende minero. Su existencia está directamente relacionada con el mundo subterráneo, habita en el interior de las minas y se inmiscuye en el destino de los trabajadores de los socavones, premiándolos o castigándolos, según sea la circunstancia.

En diferentes países europeos y alrededor del mundo, existe similitud en los relatos de apariciones de *gente pequeña* como elfos, gnomos o enanos en el interior de las minas o en las zonas de explotación minera. Esto explica el carácter universal que adquiere el duende de las minas andinas.

La palabra muqui viene de la palabra quechua *murik* ‘el que asfixia’. Otra traducción sugiere la palabra *mukiq*, como ‘el acto de torcer’ o ‘ahorcar’, en clara alusión al silicio, gas letal que produce la silicosis, grave enfermedad respiratoria. Muqui también se deriva de la palabra *muki*, que en quechua significa ‘húmedo’ o ‘humedad’, pues aparece en lugares con presencia de agua. La creencia y descripción del muqui es casi la misma en la totalidad de la sierra, variando de nombre por zonas. En Arequipa se llama *chinchilico* o *tío*, en Puno lo llaman *anchancho* y en Cajamarca, *jusshi*.

Las tradiciones andinas, transmitidas de generación en generación, detallan al muqui como un ser de estatura pequeña, que nunca llega al metro de altura, es fornido, desproporcionado y camina como pato. Su cabeza está unida al tronco, por no tener cuello. Sus cabellos son largos, de color rubio brillante y su rostro es colorado y está cubierto por una larga barba blanquecina. Su voz es grave y ronca, no concordante con su estatura. Dicen que su mirada es agresiva, penetrante y hasta hipnótica. En algunas tradiciones mineras, se afirma que tiene dos pequeños cuernos en la cabeza, que utiliza para romper rocas y señalar las vetas de mineral. Suele vestir como minero, calza botas



de agua, abrigado por un poncho de lana de vicuña y usa casco de protección. Además, dicen que antes llevaba una lámpara de carburo, y hoy una eléctrica. También usa un *shicullo* (soga de pelos de caballo), atado a la cintura.

A veces se transforma en un animal o un hombre blanco y rubio, para engañar a los mineros y presentarse entre ellos. Es muy bromista y despierta a los mineros que descansan en plena jornada de trabajo, lanzándoles piedritas en la cabeza. Suele ser el responsable de extraños ruidos en las minas, pérdidas de herramientas sin explicación lógica, el agotamiento o el cambio de sentido de una veta de mineral sin motivo aparente. Sin embargo, se le atribuye el generar potentes silbidos, para anunciar el peligro y salvar mineros de su simpatía. Se dice que es muy comunicativo, y hasta incluso se comunica en los sueños.

El muqui se abstrae en el trabajo o en el juego, por lo que puede ser observado sin que lo advierta. Es en ese momento que algún minero audaz podría intentar atraparlo sujetándolo con el *shicullo*. Si esto ocurriese, el pequeño duende se verá obligado a trabajar para el minero o tendrá que depositar una gran cantidad de oro.

El muqui es un duende con un poder ilimitado. Puede entorpecer y endurecer el trabajo a manera de castigo, como aliviarlo y ablandar las vetas de mineral, dependiendo de la simpatía que tenga por ciertos mineros. Otorga castigos para los mineros que no hayan cumplido con sus pactos, tal como acordados. Casi siempre, el duende pide un pago en hojas de coca y alcohol por realizar el trabajo del minero.

Probablemente, la existencia de duende fabuloso se haya iniciado en las minas de plata de Potosí. Sin embargo, es en la sierra central del Perú donde logró consolidarse, dentro de la tradición oral, como un personaje muy rico.

Cuentan las leyendas que, en una oportunidad, estaban trabajando trece mineros en un socavón. Llegada la medianoche el jefe mandó a descansar a su gente. Cuando todos habían dejado las herramientas, se sintieron unos



ruidos de golpes de pico al interior de la mina. Mientras se preguntaban quién seguiría trabajando, el jefe contó uno a uno sus peones, hasta trece. El temor invadió a todos los mineros, que quedaron mudos y paralizados. Después de unos segundos, que parecieron eternos, el jefe mandó a uno de sus hombres a ver lo que pasaba. Este respiró profundamente y se dirigió al lugar de donde provenían los ruidos. Después de unos minutos se escucharon unos alaridos en la profunda mina y se observó la figura del minero que se acercaba corriendo, dando de gritos ¡como si hubiera visto al mismo diablo! Gritaba y gritaba mientras corría: “¡Hay una enano con cuernos en la mina!” (...) Luego, fueron a comprobar lo que decía el minero, y no hallaron nada. Nadie le creyó, y el jefe lo mandó de vacaciones por un tiempo.

También se cuenta la historia de don Demetrio, minero viudo con un hijo de ocho años, llamado Amaru.

Un día, don Demetrio mandó a su hijo Amaru que fuera al río a recoger agua, para preparar la sopa de carnero y papas para el almuerzo.

Había pasado mucho tiempo y el padre comenzó a preocuparse por el retraso de Amaru, por lo que decidió ir a buscarlo. Al encontrarlo cerca del río, lo sorprendió jugando con una pequeña criatura, que reconoció de inmediato, era el muqui. Sin pensarlo dos veces, don Demetrio se lanzó sobre el duende, tomó su shicullo y atrapó al muqui, quien no mostró resistencia. Este, a cambio de su libertad, prometió trabajar para el anciano. Desde entonces, don Demetrio se convirtió en el minero más rico de toda su región.

El muqui y el niño pelinco

Cuentan los cronistas, que vivía un minero viudo y su hijo de siete años en Yanahuanca, y siempre que iba a trabajar al socavón lo llevaba. Este niño era tan pelinco (travieso y pendenciero), desde la muerte de su madre, que nadie quería hacerse cargo de él. Un día martes, cuando salían para la mina, el niño pidió a su padre si podía comprar un trompo para un amiguito. El minero se sorprendió porque no le conocía amigos, por su carácter pelinco y porque permanecía todo el día en el socavón. Extrañado, le preguntó acerca del amigo, a lo que respondió: “No sé cómo se llama, pero juega conmigo todos los días mientras tú trabajas”. El minero pensó que sería el hijo de otro minero, y compró el trompo para el amiguito misterioso.

Conforme pasaron los días, al niño le resultaba más divertido estar en el socavón y cada día pedía diferentes regalitos y juguetes para el amigo. El padre, cada vez más extrañado, decidió averiguar la identidad misteriosa. Una mañana, se acercó sigilosamente al lugar donde su hijo solía estar, pensando hallarlo con otro niño. Grande fue su sorpresa al observar que se trataba de un enano vestido como minero, que tenía el rostro brillante como el oro. Se miraron fijamente a los ojos y el temor invadió al padre, pensando que ese pequeño ser lo iba a matar. Reaccionó rápidamente y de un salto tomó a su hijo y huyó corriendo del socavón.

Después de lo ocurrido, el niño no fue más a la mina y enfermó: no comía, lloraba mucho y no podía dormir. Solo deseaba regresar al socavón. El padre, preocupado, lo llevó al curandero, quien confirmó que se había encontrado con un muqui, que lo enfermaba porque no había recibido el pago por sacar el oro (es costumbre de dejar regalos al muqui que cuida la mina). Entonces, el minero fue a depositar el pago, enterrando coca, licor y frutas, y el niño se restableció.

Desde la antigüedad, los mineros tuvieron respeto y devoción por los apus –los cerros que cuidan los pueblos y las minas de donde extraen mineral–, especialmente los martes y viernes.



El muqui y las bolitas de juego

Cuentan los cronistas que existía un capataz minero llamado Máximo Huancayo, quien era un experimentado hombre en el socavón, en vista que había trabajado en él desde que era un niño. Él trabajaba como pallaquero, el experto en seleccionar a mano el mineral bueno, del relave o desmonte, y durante sus largos años trabajando en la mina había escuchado innumerables historias de encantamientos y presencia de muquis. Por eso no les tenía miedo, como los demás mineros.

Sus antepasados, también mineros, le habían heredado un secreto para enfrentar a los muquis, consistía en llevar, siempre que se va a trabajar en el socavón, unas cuantas bolitas de juego en los bolsillos.

En cierta ocasión, cuando el minero Máximo había terminado su jornada de trabajo y estaba saliendo de la mina, se dio cuenta de que había dejado olvidado su *huallqui* (bolsita donde los mineros llevan su coca), así que regresó al socavón a recogerlo.

En el camino de retorno, se encontró cara a cara con el famoso personaje: el muqui. El minero se quedó paralizado por la fuerte y profunda mirada del enano y sintió que su cuerpo se congelaba y no podía moverse por el pánico. Finalmente, cayó desmayado.

Cuando recuperó la conciencia, después de varias horas, se percató que estaba al borde de una chimenea de la mina, el túnel que une dos niveles de un socavón, que si hubiera dado un paso más hubiera caído y muerto. Una vez que se reincorporó, se dio cuenta de que ya no tenía las canicas en los bolsillos. Con esto confirmó que la tradición heredada de sus ancestros le había salvado la vida, y que el muqui se había llevado las bolitas a cambio de su vida.

El muqui y el viejo nochera

Había un minero muy anciano que había trabajado toda su vida en lo profundo del socavón, llamado Segundo Guarano. Era un hombre alto, grueso y muy fornido. Cuentan que en cierta ocasión mató a un toro bravo con sus propias manos.

Un día, trabajaba en el socavón en el turno de noche –por eso se llama nochera–, acompañado de su mejor amigo, Gualberto. A eso de las dos de la madrugada, decidieron tomarse un pequeño descanso. Habría pasado una media hora, cuando sintieron voces extrañas de tres personas que venían conversando desde el interior de la mina. Al aproximarse, los reconocieron: eran tres muquis, vestidos y equipados con sus herramientas como mineros. Ellos brillaban rodeados por una luz celeste. Gualberto, presa del pánico, huyó corriendo del socavón. Segundo permaneció sereno donde estaba y solo cuando los tuvo cerca sintió temor. Dos de ellos siguieron de largo indiferentes, pero el tercero lo encaró y trató de hechizarlo.

El viejo minero se resistió y lo enfrentó valientemente. Estuvieron forcejeando y se dieron fuertes golpes de puño. Lucharon cuerpo a cuerpo por espacio de una hora, hasta que Segundo derrotó al muqui y lo arrojó a un precipicio dentro del socavón. Luego, muy emocionado, contó su hazaña a los compañeros de trabajo, quienes lo felicitaban. Pero no quedó contento, se sentía mal, no podía dormir y siempre se le aparecía la imagen del muqui reclamándole un pago para ser amigos, y él se negaba a hacerlo.

Pasaron los meses y Segundo no mejoró, así que decidió hacer el pago, llevando un lechoncito al lugar donde peleó con el duende. Grande fue su sorpresa cuando, a muy pocos metros de allí, encontró una barra de oro puro con la inscripción: “Un regalo para un verdadero amigo”. Desde ese día el viejo anda con los muquis cuidando los tesoros de la mina.



Las minas de Cullqui-Yacu

Existe un pueblo llamado Cullqui-Yacu, que significa agua de plata, ubicado entre Pomacochas y Yambrasbamba. En este, había varias minas de oro y plata, que eran explotadas por un brujo y curandero llamado Vivian Fonke. Él realizaba curaciones con su brujería, y a cambio recibía efectivo o cualquier prenda de valor, obteniendo grandes ingresos. Para realizar sus trabajos, se internaba en las cuevas y canteras a las afueras del pueblo.

En una ocasión, cuando Fonke fue a las cuevas a realizar sus conjuros e implorar a los espíritus, descubrió que las paredes tenían un brillo dorado. Dejó sus instrumentos de brujería y se puso a arañarlas. A partir de allí, se convirtió en el hombre más rico del pueblo.

En Yambrasbamba, existía un pueblo llamado Metal, cuyo cacique, la autoridad de la villa, llamado Baboc, también era brujo y mucho más rico que Fonke.

Una vez, Baboc pecó de confianza y le contó a Fonke que había puesto un guardián muy especial en sus minas, para que nadie le robe y garantice sus riquezas. Se trataba de un burro, que instalado en la puerta de la mina no dejaba pasar a nadie. Fonke dudó que un pobre burro pudiera ser tan difícil de vencer para entrar a la mina.

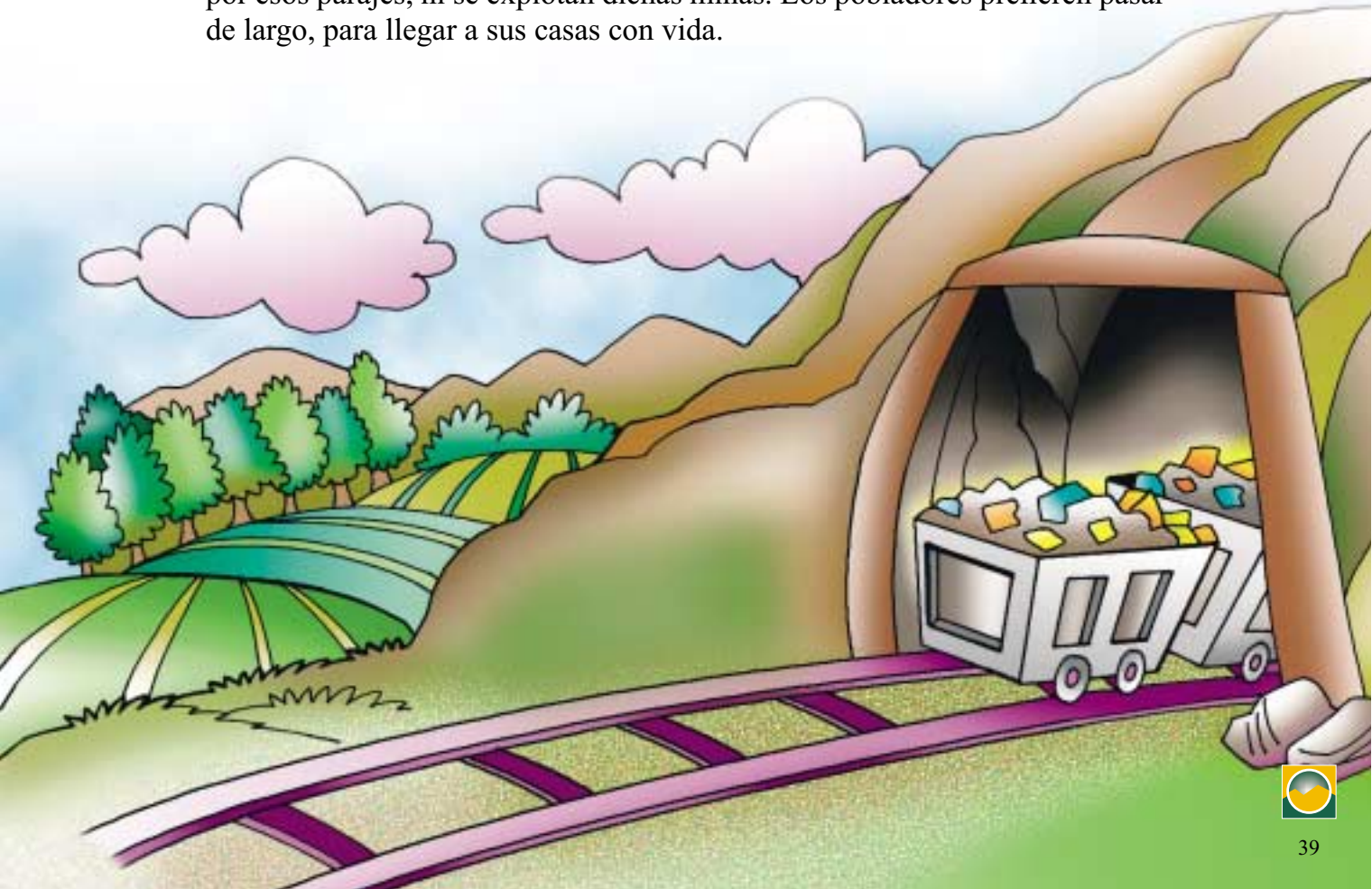
Fonke circuló la noticia en su pueblo, para ver cuán cierta era la historia del burro, pero nadie se atrevió a ir. Solo un brujo del pueblo de Olleros, llevado por su ambición, y desmereciendo los poderes del burro, lo intentó.

Por la noche, el brujo intrépido se acercó sin hacer ruido, invocando a los malos espíritus para que lo acompañaran en su aventura. Sin embargo, al entrar a la mina, vio una rara bestia dentro de la cueva, que no era un burro, sino el mismo demonio. En ese momento no pudo pronunciar conjuro alguno, y el raro animal le dio de coses hasta matarlo. Luego tragó su carne

y solo dejó una pila de huesos. Satisfecho con el banquete, cogió los huesos y los colgó con una soga del árbol más cercano a la mina.

Al día siguiente, Baboc se acercó a sus minas y quedó horrorizado por el espectáculo: los huesos se balanceaban al compás del viento, y hacían un estridente ruido al chocar entre ellos. Baboc huyó del lugar tapándose los oídos. Cuando quitó las manos de la cabeza, vio como le salía sangre de las orejas y prometió nunca más volver a esas minas.

Vivian Fonke, enterado de los terribles acontecimientos, contuvo su codicia y prefirió conservar sus riquezas. Desde entonces, nadie ha regresado por esos parajes, ni se explotan dichas minas. Los pobladores prefieren pasar de largo, para llegar a sus casas con vida.



El cerro Chalpón y el cerro Rajado, cruz de Dios y cruz del diablo

Los cerros Chalpón y Rajado, cercanos al pueblo de Motupe, fueron dos hermanos gemelos que tuvieron idéntica creación y objeto, ya que eran centinelas avanzadas del Cielo, guardianes de la Ley Divina y anunciadores del triunfo del bien. Como los hombres, nacieron y vivieron, gozaron y sufrieron y morirían también.

El cerro Chalpón, además de la difundida devoción que existe por la cruz que posee, tiene el privilegio de haber sido dedicado a Dios mientras su hermano, el cerro Rajado, se dedicó al servicio del diablo.

Como pruebas evidentes de ello encontramos las siguientes creencias populares de la región.

En la falda del cerro Chalpón, que mira hacia Motupe, existe un jagüey o manantial destinado a dar de beber a los ángeles que allí vivían. Ellos sembraron en ese sitio varias cañas de Guayaquil, para que les ofrecieran sombra y les refrescara el ambiente, privilegios de los que no gozaba el cerro Rajado, que por haberse entregado al diablo, es oscuro, tétrico y negro. Para su hogar y reposo, los ángeles construyeron la gruta y el jardín, la propia cueva, la cama de piedra para su descanso y colocaron una cruz, no teniendo el cerro Rajado ninguno de estos distintivos, fuera de la cruz.

El cerro Rajado lleva este nombre por ostentar una raya muy ancha, producida por un sablazo que el arcángel Gabriel pretendió darle al diablo,

pero el diablo al esquivarlo, cayó sobre el cerro, produciéndole la raya que le sirve de distintivo, para que todo aquel que viviera o visitara ese cerro sufriera su maligna influencia. Los mismos ángeles encantaron el pozo que se formó por aquel sablazo, del que brota agua sucia y pestilente, y cuyo encantamiento consiste en que lo que cae en él no podrá ser hallado jamás.

Como el cerro Chalpón se había dedicado a Dios, la cruz que se colocó es objeto de adoración, devoción y fe, en prueba de triunfo de la verdad cristiana, con el agregado de que cuando fuera encontrada por los hombres se convertiría en milagrosa intercesora entre ellos y el Cielo. En cambio, la cruz colocada en el cerro Rajado serviría para representar la influencia del Mal, y estaba decretado que cuando fuera encontrada por los hombres, en previsión del peligro que encerraba, se convertiría en tierra. De allí se explica el porqué cuando esta cruz fue hallada, por los mismos que descubrieron la del cerro Chalpón, se convirtió en polvo en sus manos, mientras que la del cerro Chalpón aún hoy es objeto de veneración, porque es la cruz de Dios.

Así se encuentra simbolizada la dualidad de la ley eterna: premia a uno y castiga al otro, por sus intenciones y acciones contrarias, cuando los dos cerros fueron hijos del mismo Padre Dios.



Los tesoros de la Mesa de Magallanes

Fue el tiempo de los virreyes, época en que los antiguos se juntaban en manada para transitar entre Ica y Palpa, por temor a los salteadores. Entonces, dicen que merodeaba por aquel camino un famoso compadre, Ño Manongo, que debía muchas muertes y que la policía no lo podía agarrar porque tenía tratos con el diablo, a quien le había prometido las almas de los que matara, siempre que estuvieran en pecado mortal.

Un día, que no se recuerda si fue de tarde o de mañana, al dicho Ño Manongo, que cabalgaba un potro alazán como si estuviera cocido, y a lo lejos se le veía en mangas de camisa y junco a la pedrada, pañuelo amarrado al cuello, botas a la montonera, corriendo como un suspiro a la cabeza de su pandilla; alguien le dijo que por el camino de Palpa a Ica unos arrieros traían un cargamento de oro y plata con dirección a este último punto, a cuyas inmediaciones se dirigió inmediatamente.

Allí, agazapado con los suyos tras una lomada, esperó en vano hasta que el sol descendió tras los huarangos de lontananza y el cielo pizarroso y arremolinado de nubes de polvo comenzó a oscurecerse. Ño Manongo, entonces, montó de un salto a caballo, y en un decir ‘Jesús’, entre un remolino de polvadera, la camisa esponjada por el viento y la cabeza entre la alborotada crin del potro, se le vio siguiteando los zigzages del camino, seguido de cerca por su hombres.

Como a eso de la primera noche, cerca de la encañada, que queda en la cordillera, pero aún en la sección de la pampa; el bandido hizo alto y se paró a escuchar atentamente el silbido de unos arrieros a sus mulas. Pegó la oreja a tierra y contó catorce bestias, de las cuales doce debían venir cargadas. Destacó a uno de los bandidos para que los sorprendiera por la espalda, y los otros se prepararon al asalto.

Transcurrieron algunos segundos. Se oyó una detonación y luego el ruido de otras dos a un mismo tiempo. Ño Manongo y los suyos se lanzaron como un torrente, pero a los primeros pasos se corrieron a uno de sus compañeros, y hacia el fondo de la encañada percibieron claramente lo fogonazos de cinco mosquetes.



“Hay que turnarse –ordenó Ño Manongo–, y que no decaiga el fuego. Voy a ver qué hace el otro”, y diciendo esto volteó bridas.

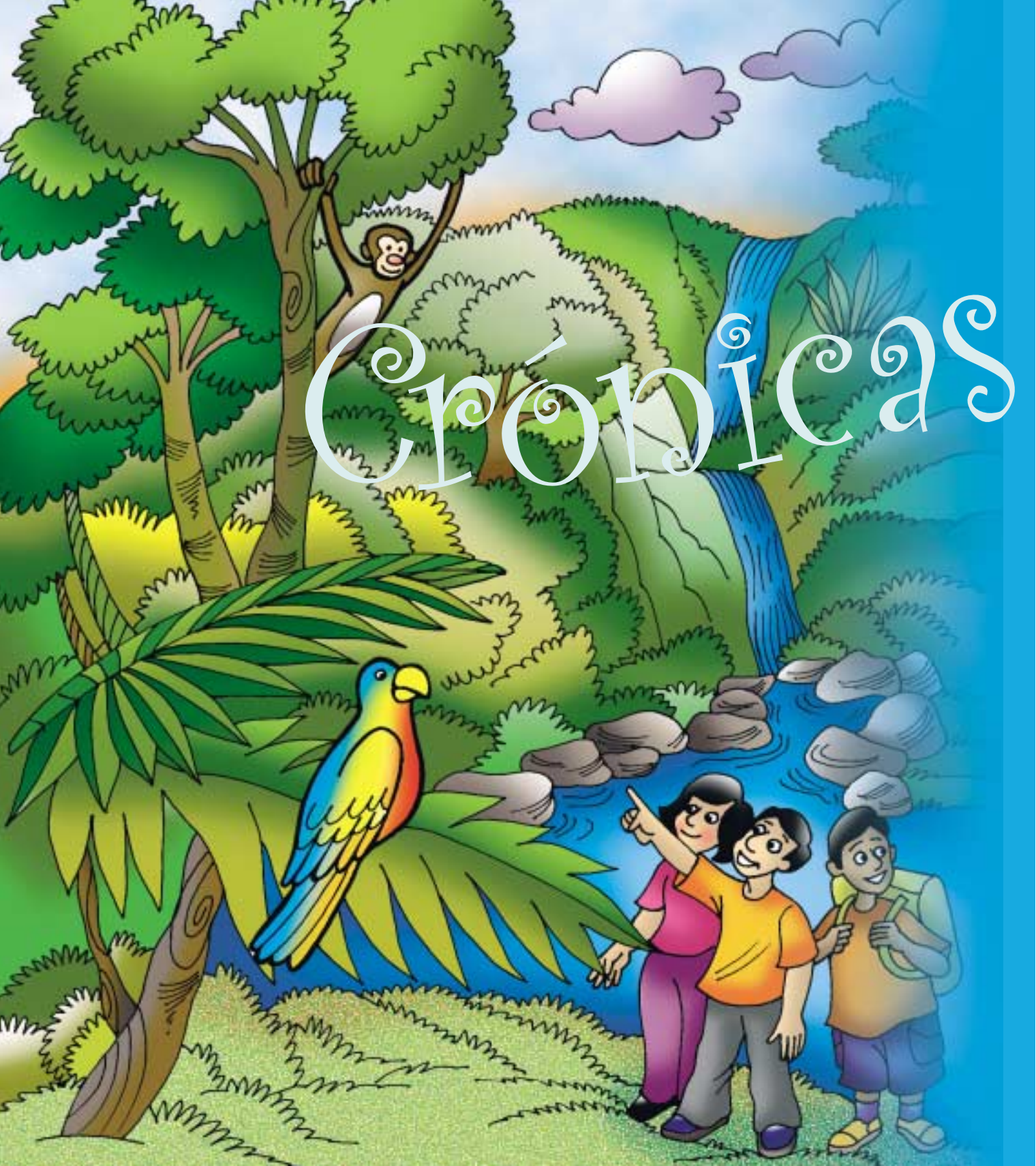
Ya clareaba la aurora. El fuego se alternaba constantemente y ni unos ni otros cesaban en su afán de defenderse y asaltar; por lo que, impaciente el bandido, para acabar más pronto se puso a la cabeza de los que había destacado en el camino y atacó con denuedo. Viendo que al fin le cedían el campo, que encontró sin mulas, tesoros ni defensores y solo una alforja desvencijada en el camino y un hombre moribundo dentro de una zanja, quien antes de expirar apenas tuvo tiempo de decirles que se trataba de veinticuatro capachos de oro y plata en duros y peluconas, y que sus compañeros habían huido por allí. Ño Manongo y sus compinches echaron más reniegos que escupitajos un hético, y tirándose a rastrear por el camino, siguiendo el borde de la encañada, entre uno de cuyos cascajosos repliegues se perdieron las huellas de los mulos, y con ellas la esperanza de tan cuantioso botín.

Hace muchos años, un arriero lunahuaneco que tuvo la suerte de perderse por aquel camino y seguir el de la encañada se encontró, de buenas a primeras, en una pequeña meseta rodeada de picachos y pedregones inaccesibles, en cuyo centro se percibía el derruido tronco de un huarango centenario y a su alrededor un montón de petacas de cuero, resacas y agrietadas, por cuyas rendijas se escapaban los soles de oro y plata del tiempo del rey. Repuesto del susto, avanzó hacia el codiciado tesoro, llenóse los bolsillos y la fiambrera cuanto pudo cargar y, tropezando aquí y cayendo allá entre las mondadas osamentas de las mulas que blanqueaban al sol, que entonces comenzaba a declinar tras de los cerros, corrió hacia el abra por donde había entrado y se alejó de la encañada, dejando señas para volver más tarde acompañado.

Desde entonces no se ha vuelto a encontrar el misterioso botín que conduce a la Mesa de Magallanes.



Crónicas



y ensayos

Crónicas

Las crónicas narran hechos ocurridos en el tiempo, en los que el autor participa, obtiene los datos de fuentes directas o transcribe cuanto le es referido por quienes los presenciaron.

Ensayos

En este tipo de composición literaria, el autor expresa su punto de vista sobre un tema, generalmente humanístico, filosófico, cultural u otro. El origen de este género se remonta a la oratoria clásica.

No hay río sin oro

En el Perú primitivo hubo también el oro de los ríos y de las vetas subterráneas. Los primeros cronistas y geógrafos mencionan las minas de Zaruma en el Norte, detrás de Tumbes, y las de Pataz, que proveerían a los orfebres del Chimú; y hacia el interior, en Jaén de Bracamoros, Santiago de las Montañas, el Aguarico, célebre por sus arenas de oro, el Morona, la tierra de los Jíbaros y la de los Chachapoyas. En Huánuco, a diez jornadas de Cajamarca, dice la crónica de Xerez, y en el Collao hay ríos que llevan gran cantidad de oro. (...)

Las minas más ricas, según Xerez “las mayores”, eran las de Quito y Chíncha. (...)

El oro más puro del Perú fue el del río San Juan del Oro, en Carabaya, que alaban el Padre Acosta, Garcilaso y Diego Dávalos y Figueroa, por ser el más acendrado y pasar de veinte y tres quilates. Carabaya es la región aurífera por excelencia del Perú, el último trofeo de su opulencia milenaria. El cuadro geográfico de Carabaya se acomoda, por su adustez y hostilidad, a la mística metalúrgica, porque una inmensa muralla de cerros nevados y ventisqueros separa la altiplanicie, en que se hallan ciudades como Crucero —donde el agua se hiela en las acequias y se recoge en canastas, según don Modesto Basadre— de la región húmeda y tropical, hacia la que descienden, casi perpendicularmente, por graderías, los ríos que van al Inambari y al Madera, afluentes del Amazonas y que llevan sus aguas cargadas de cuarzo aurífero. En los valles de Carabaya, donde las lluvias torrentosas arrastran árboles y tierra formando aluviones inmensos de agua y tierra rojiza, se hallan los lavaderos de oro Huari-Huari y de Sandia, de San Juan del Oro, de Aporoma, de San Gabán, de Challuma, Huaynatacoma, Machitacoma, Coasa, Marcapata y los cerros famosos de Cápac Orco y de Camanti, que alucinó este último algunos espejismos republicanos. (...)

Raúl Porras Barrenechea



El imperio de Huayna Cápac y sus hitos de oro

El gran instante jubilar del Imperio, en orden a la riqueza y el despliegue de un lujo oriental, es el del Inca Huayna Cápac. La plaza del Aucaypata, en el Cuzco, resplandece de oro, plata, sederías de *cumbi* y de plumas y de piedras preciosas. Los palacios desnudos de los Incas antiguos y patriarcales se llenan de decoraciones imprevistas, cercos de oro, puertas de jaspe y de mármol de colores, y motivos escultóricos de lagartijas y mariposas y culebras grandes y chicas que parecían *“andar subiendo y bajando por ellas”*. El ejército incaico presenta sus cincuenta mil hombres armados de oro y plata. En el centro de la plaza se levanta un dosel o teatro *“cubierto de paños de plumas llenos de chaquira y mantas grandes de tan fina lana, sembrados de argentería de oro y pedrería”*. Allí va a posarse, sobre un escaño de oro, la imagen del sol. *“Tenemos por muy cierto –dice el cronista Cieza– que ni en Jerusalén, ni en Roma, ni en Persia, ni en ninguna parte del mundo, por ninguna república ni rey del se juntaba en un lugar tanta riqueza de metales de oro y plata y pedrería como en esta plaza del Cuzco”*. Para rematar y circuir la gloria áurea de la plaza y del Imperio, el Inca Huayna Cápac manda forjar una maroma o cadena de oro de trescientos cincuenta pasos de largo, para que los indios bailen asidos de ella alrededor de la gran plaza del Cuzco, al cantarse las hazañas y glorias de sus antepasados. Y, en los remotos confines del Imperio mandó colocar dos *“porras de oro y plata”* en la raya de Vilcanota, como reto y defensa mágica contra los Collas, y en el Ancasmayo, en la frontera indómita de los Pastos, *“ciertas estacas de oro”*, como alarde de soberbia y señorío.

Acaso si toda la lucha del mundo y de la historia, el surgir y caer de los Imperios, no sea, como dijo el inglés Carlyle, sino una etapa de la interminable y gigantesca lucha de la fe contra la incredulidad (...)

Raúl Porras Barrenechea



El Coricancha: cerco de oro

De la época de Pachacútec y sus sucesores proviene el esplendor áureo del Cuzco que deslumbró a los españoles. El templo del Sol se reviste de una franja de oro de anchura de dos palmos y cuatro dedos de alto, que destella sobre la traquita azul de la piedra severa. El disco del Sol era, según el inédito Felipe de Pamanes, “*de oro macizo, como una rueda de carro*”. La estatua del Sol, llamada *Punchao*, con figura humana y tamaño de un hombre, obrada toda de oro finísimo con exquisita riqueza de pedrería, su figura de rostro humano, rodeada de rayos, era también maciza. De oro se hacen los ídolos pares del Sol, Viracocha y Chuqui-Illa, el relámpago, y las dos llamas o auquénidos de oro –*corinapa*–, que con las dos de plata –*colquinapa*– recordaban la entrada de los Ayar al Cuzco. De chapería de oro profusa –llamada *llaucapata*, *colcapata* y *paucar unco*– estaban cubiertas las imágenes áureas de las divinidades femeninas Palpasillo e Incaollo y las momias de los Incas, desde Manco a Viracocha, puestas en hilera frente al disco del Sol. Pachacútec manda guarnecerlas también con el metal divino: cúbreselas con máscaras de oro, medalla de oro o *canipa*, *chucos*, patenas, brazaletes, cetros a los que llaman *yauris* o *chambis*, *ajorcas* o *chipanas* y otras joyas y ornatos de oro.

Las paredes del templo del Sol, que según algunos cronistas tenían en las junturas de sus piedras oro derretido, se revisten enteramente como de tapicería, de planchas de oro y el Inca, todopoderoso, manda que los *queros* o vasos sagrados, los grandes cántaros o *urpus*, los platos en que comía el sol o *carasso* y los *wamporos* o grandes odres o trojes de oro y plata para la chicha solar, se funden en oro. (...)

El metal solar es, para los Incas, el mayor tributo que puede ofrecerse a los dioses; y “*como en las divinas letras* –dice el padre Acosta– *la caridad se semeja al oro*”, esta costumbre elimina la de los sacrificios humanos o la reduce a mínimo por el destino redentor del oro. (...)



El oro es requisado celosamente por el Estado, como perteneciente al Inca y al Sol, y Túpac Yupanqui ordena prender a los mercaderes que traían oro, plata o piedras preciosas y otras cosas exquisitas, para inquirir de dónde las habían sacado y descubrir así grandísima cantidad de minas de oro y plata. Y, en pleno apogeo incaico, se dicta la ley que ordenaba *“que ningún oro ni plata que entrase en la ciudad del Cuzco della pudiese salir, so pena de muerte”*. El Cuzco, con su templo refulgente y sus palacios repletos de oro, recibiendo cada año de las minas y lavaderos 15 mil arrobas de oro y 50 mil de plata y las cargas de oro y piedras preciosas de todos los ángulos del Imperio, vino a ser, por obra del tabú imperial como un intangible Banco de Reserva de la América del Sur.

Raúl Porras Barrenechea



Génesis de la metalurgia americana

La aparición de la metalurgia fue una hazaña cultural de la América del Sur, según Paul Rivet. En México solo aparecen los metales hacia el siglo XI. El mundo maya tuvo una industria metalúrgica muy rudimentaria y solo los del “segundo imperio” trabajaron el oro y conocieron el cobre, pero no el bronce. La utilización del oro nativo y del cobre es, en cambio, general en la región andina de Colombia, Perú, Ecuador y Bolivia y parece que se generó en el interior de la Guayana y en la costa del Perú. El oro fue utilizado en el Perú antes que el cobre. En Nazca y Chavín se da el oro en los estratos más antiguos; el cobre era, en cambio, desconocido hasta el siglo IV, a la aparición de la civilización de Tiahuanaco y en el antiguo Chimú. La técnica de la *tumbaga* –aleación del oro con el cobre– llamada también *guanin*, es típica de toda la zona del Caribe, desde el comienzo de la Era Cristiana. (...)

Los Chibchas son los propagadores de ella y quienes perfeccionan las técnicas de la puesta en color, laminado del oro, soldadura autógena, soldadura por aleación y modelado a la cera perdida. Esta técnica se propaga al Ecuador y a la costa peruana, según Rivet, muy afecto a una génesis caribe de la metalurgia americana.

Los Chimús desarrollaron una de las más avanzadas técnicas del oro, el que trataron por fundición, al martillo, soldadura, remache y repujado. En la costa del Perú se desarrolló, esencial y originariamente, la metalurgia de la plata, desde la época de Paracas, la que solo se conoce en la alta meseta Perú-boliviana en el segundo período de Tiahuanaco y en el Ecuador de la época incaica. El bronce, por último, proviene, según Rivet, del segundo período de Tiahuanaco y solo aparece en la costa en el último Chimú y en el Ecuador en la época incaica. Los principales propagadores del bronce son los Incas, que lo llevan a todas las provincias sometidas a su imperio.

Raúl Porras Barrenechea



Orfebrería Chimú

Los más sensacionales y reveladores hallazgos de oro precolombino en el Perú han sido en el presente siglo (XX) los del alemán E. Brüning, en el cerro de Zapame y los de Batán Grande e Illimo en 1937, ambos cerca de Lambayeque. Los hallazgos de Brüning comprueban un arte metalúrgico refinado y primoroso. Al lado de los vasos negros, de la etapa Chimú, que revelan una decadencia de la cerámica, surgieron joyas como la araña de oro con huevos de perlas, con adorno emplumado de cabeza, que recuerda, según Doebling, figuras toltecas; chapas de oro con figuras humanas o cabezas humanas que salen de cabezas de animales, como los dioses Anahualli mexicanos, y figuras de peces y otros animales. En la huaca de la Luna, en Moche, halló don Manuel Pío Portugal otro tesoro, con tupus, pectorales, collares, campanillas, estólicas, flautas, máscaras de zorro y coronas con laminillas colgantes, que han integrado diversas colecciones. Los hallazgos de Batán Grande se incorporaron en parte al Museo de la Cultura, en Lima, y en ellos figura, como pieza del mayor valor artístico representativo del arte Chimú, el *tumi* o cuchillo ceremonial de oro laminado, de 43 cm y 1 kg de peso, engastado con turquesas. (...)

Ciertas joyas revelan la excepcional pericia y el gusto artístico finísimo de los orfebres del Chimú. (...) Todo el esplendor de la industria metalúrgica costeña fue anterior a los Incas. Es ya axioma arqueológico que los descubrimientos técnicos de los aurífices yungas –como la aleación del oro nativo y de la plata bruta y las aleaciones cuproargentíferas–, así como los primores de la orfebrería costeña, fueron asimilados tardíamente por los Incas, en el siglo XV, al conquistar el litoral. Arriesgados etnólogos y arqueólogos sostienen aún que el arte metalúrgico del Chimú se propagó a la región del Ecuador y alcanzó a Guatemala y a México, donde Lothrop ha hallado discos de oro del estilo Chimú medio y reciente en Zacualpa y una corona de oro emplumada con decoración Chimú y discos del último período de esta cultura.

Raúl Porras Barrenechea



Los Mochicas y el oro lunar

Los Mochicas de la costa del Perú, radicados en los valles centrales de esta, teniendo como centro las pirámides del Sol y de la Luna en Moche, desarrollaron antes que los demás pueblos del Perú el arte de la metalurgia. Dominaron las técnicas de la soldadura, el martillado, fundido, repujado, dorado, esmaltado y la técnica de la cera perdida. Al mismo tiempo que decoraban su cerámica en dos colores, ocre y crema, con dibujos ágiles y finos con escenas de cetrería o de guerra, de frutos y plantas, como también de seres monstruosos idealizados, perfeccionaron la orfebrería áurea forjando ídolos y máscaras, adornos e instrumentos, armas, vasos repujados, collares y tupus, brazaletes y ojotas, orejeras y aretes, tiranas para depilar, cetros, porras, cascos, tumis o cuchillos ceremoniales incrustados de turquesas y esmeraldas, vasos retratos de oro puro, rodela de oro con estilizaciones zoomorfas e ídolos grotescos coronados con una diadema semilunar. (...) Esta metalurgia ceremonial, religiosa o civil, reviste las formas más caprichosas y gráciles, con laminillas de oro en forma de rayos, campanillas o cascabeles en que el oro es hueco, o pesados objetos en los que se imita el arte lítico o la cerámica: vasos de oro y turquesas, huacos de oro como el ejemplar único exhibido por Mujica en los grabados de esta Colección. Toda esta feérica bisutería dorada de los imagineros Mochicas, como más tarde de sus sucesores los Chimús –que acaso recibieran ya el influjo quimbaya– fue asimilada, en parte, en lo técnico, por el arte sobrio de los Incas, pero se perdió el estilo y el alma de los orfebres de Moche, Lambayeque y Chanchán. Los Incas, al conquistar el señorío de Chimú y su capital Chanchán, con Túpac Inca Yupanqui, por cuanto los yungas de la región –dice Cieza– *“son hábiles para labrar metales, muchos dellos fueron llevados al Cuzco y a las cabeceras de las provincias donde labraban plata y oro en joyas, vasijas y vasos y lo que mas mandado les era”*.

Raúl Porras Barrenechea



Palacios y tesoros incaicos

Tanto como el esplendor del Coricancha fue, a medida que crecía el poderío incaico, el fausto y el derroche en los palacios incaicos. El Inca y sus servidores resplandecen de oro y pedrerías. El Inca y su corte visten con camisetas bordadas de oro, *purapuras*, diademas y ojotas de oro. La vajilla del Inca y de los nobles es toda de oro. *“Todo el servicio de la casa del rey –dice Cieza–, así de cántaros para su uso como de cocina, todo era de oro y plata”*. Beber en vaso de oro era hidalguía de señores y signo de paz. De oro eran los atambores y los instrumentos de música, engastados en pedrería. El Inca Pachacútec dio en usar, después de su triunfo, en vez de la borla de lana encarnada de sus antepasados, una *mascapaicha* cuajada de oro y de esmeraldas. El asiento del Inca o *tiana*, escaño o silla baja, que era de oro macizo de 16 quilates *“guarnecido de muchas esmeraldas y otras piedras preciosas”* y fue el trofeo de Pizarro en Cajamarca, valió 25 mil ducados de buen oro, según Garcilaso. La litera del Inca o andas cargadas por 25 hombres eran –según los cargadores del Inca, con quienes Cieza habló– tan ricas, *“que no tuvieran precio las piedras preciosas tan grandes y muchas que iban en ellas, sin el oro de que eran hechas”*.

La opulencia de los palacios incaicos tendía, además, a ser eterna. No perece, y se dispersa como la de los monarcas occidentales, con la muerte. Cada Inca al morir deja intacto su palacio, con su vajilla y joyas que su sucesor no podrá tocar. El nuevo Inca deberá edificar nuevo palacio y mandar a los orfebres de todo el reino que le fabriquen nuevos cántaros y *tupus* y diademas. Cada palacio incaico queda, así, como un museo o joyel de los antiguos Incas: en él se custodia, además, por su clan o *panaca*, su busto o *quaoqui* fundido en oro, mientras su momia hace guardia junto a sus antecesores en la capilla del Sol del Coricancha. En Pisac, en *“una bóveda de tres salas”*, estaba el tesoro fabuloso de Pachacútec; en Chincheros el de Túpac Yupanqui y los de Huayna Cápac, en Caxana y en Yucay. (...)



Plateros coloniales

El Incario fue, según Gerbi, la época del auge del oro, la Colonia la de la plata y la República la del guano. No cabe, en este estudio sobre el oro precolombino, seguir la trayectoria del oro en estas últimas épocas. En la época colonial el oro sigue siendo, sin embargo, como en el Incario, símbolo de majestad y de señorío. Se prodiga principalmente en los retablos barrocos, verdaderas ascuas de oro retorcido y flamígero –“*galimatías dorados*”–, en los cálices y en las custodias cuajadas de pedrería, en las coronas y en las joyas de oro de las vírgenes, en tanto que la plata abunda en los frontales, sagrarios y tabernáculos de los altares, los blandones y candeleros, andas y urnas de plata, pebeteros e incensarios, hisopos, azafates, palanganas y bandejas, hacheros y lámparas de los templos.

En los vestidos masculinos predomina el oro en los galones, bordados, trencillas y pasamanerías; abundan las joyas de oro y pedrería, las cadenas y las abotonaduras de oro, las sillas de filigrana de oro y los estribos y jaeces de oro y plata. Los negros y los zambos usan capas bordadas, sillas de montar de plata, reloj y sortijas de oro, vestidos de tisú, lana y terciopelo.

La indumentaria femenina también incide en el amor ceremonial del oro; las mujeres de Lima, según Frezier, gustan de los encajes de oro, las cintas y los tisús de oro, los brocados y briscados y los adornos extraordinarios de alhajas, pulseras, collares, pendientes o sortijas de oro, perlas y pedrerías. Frezier dice haber visto bellísimas damas que llevaban sobre el cuerpo (...) 240 000 libras. (...) Y como es el apogeo de la plata potosina, las calles de la ciudad virreinal se pavimentan para el paso de las procesiones o para la entrada del Virrey con lingotes de plata. (...) Lima, era, entonces, el núcleo del comercio sudamericano y el depósito de todos los tesoros del Perú.

La decadencia económica del Virreinato a fines del siglo XVIII se

produce por la segregación de Nueva Granada y Buenos Aires y la apertura del comercio por el Río de la Plata. Las minas decaen por las sublevaciones de los indios y la inseguridad económica y social. El vendaval revolucionario arrasa con la riqueza privada y la de los templos, cuyos joyeles desaparecen o son fundidos para necesidades de la guerra. Instaurada la República, se pospone la industria minera por falta de capitales. Abandonados minas y lavaderos de oro, la producción llegó al mínimo, según Gerbi, entre 1885 y 1895. El oro se explotaba en las primeras décadas del siglo XX como un subproducto del cobre. (...)

Raúl Porras Barrenechea



Paisaje ascético, entraña del oro

América precolombina desconoció el hierro, pero tuvo el oro, en un mundo regido, según Doehring, por el terror y la belleza. En toda América hubo, en la época lítica y premetalúrgica, oro nativo o puro que no necesitaba fundirse ni beneficiarse con azogue, en polvo o en pepitas o granos que se recogían en los lavaderos de los ríos o en las acequias; pero se desconoció, por lo general, el arte de beneficiar las minas. *“La mayor cantidad que se saca de oro en toda la América –dice el Padre Cobo– es de lavaderos”*. Decíase que el oro en polvo era de tierras calientes. Pero la veta estaba escondida en las tierras frías y desoladas, en las que el oro, mezclado con otros metales, necesitaba desprenderse de la piedra y “abrazarse” con el mercurio, como decían los mineros, con simbolismo nupcial. El oro y la plata encerrados en los sótanos de la tierra se guardaban, según los antiguos filósofos –según recuerda el Padre Acosta–, *“en los lugares más ásperos, trabajosos, desabridos y estériles”*. *“Todas las tierras frías y cordilleras altas del Perú, de cerros pelados y sin arboleda, de color rojo, pardo o blanquecino –dice el jesuita, Padre Cobo– están empedradas de plata y oro”*. (...) *“Se puede considerar toda la extensión de la cordillera de los Andes, en mayor o menor grado, como un laboratorio inagotable de oro y plata”*. (...) Y ninguna tierra más desamparada y de soledades sombrías, que esa vasta oleada terrestre erizada de volcanes y de picos nevados, que es la sierra del Perú y la puna inmediata –*“el gran despoblado del Perú”*, según Squier– que parece estar, fría y sosegadamente, aislada y por encima del mundo, despreciativa y lejana, en comunión únicamente con las estrellas (...) Es casi el marco ascético de

renunciamiento y de pureza que, en los mitos universales del oro, se exige por los astrólogos y los hierofantes, para el advenimiento sagrado del metal perfecto, que arranca siempre de un holocausto o inmolación primordial.

El oro argentífero y la plata, su astral compañera, abundaron en todas las regiones de la América prehispánica, aunque no se descubriera sino aquella que arrastraban los ríos o estaba a flor de tierra. El oro asomó, por primera vez, ante los ojos alucinados del Descubridor, como una materialización de sus sueños sobre el Catay y de la lectura de *Il Milione* en la Isla Española, ante las riquezas del Cibao, que se pudo confundir, por la obsesión de las Indias, con Cipango. (...)

Sierras y cursos fluviales de la Nueva España estuvieron cargados de oro, por lo que dijo el cronista Herrera que en toda ella “*no hay río sin oro*”.

Los espejismos dorados de Tubinama, de Dabaibe y del Cenú —donde el oro se pescaba con redes y había granos como huevos de gallina— decidieron las *razzias* de Balboa y Espinosa contra los naturles de Tierra Firme, abrieron el camino de la Mar del Sur, reguero de sangre que esmalta las piedras del golfo de San Miguel y las esmeraldas de Coaque. A las espaldas de las Barbacoas, de la región de los manglares y del Puerto del Hambre, donde los soldados de Pizarro cumplen la ascética purificación que exige el hallazgo de la piedra filosofal, según la liturgia del Medioevo, estaba el reino de los Chibchas, que dominaron la técnica del oro, lo mezclaron con el cobre y crearon el oro rojo de la tumbaga, inferior en quilates y en diafanidad al oro argentífero del Perú.

Raúl Porras Barrenechea



Profanidad de los huaqueros

Si los Incas borraron de sus anales la destreza y el adelanto del arte metalúrgico de los vencidos yungas, este quedó encerrado en las tumbas más tarde violadas por conquistadores, huaqueros y arqueólogos. Entonces empezó a resurgir para la historia cultural la maravillosa orfebrería Chimú.

La primera revelación de los tesoros enterrados del Chimú la dio el cacique de este pueblo Sachas Guamán, en 1535, cuando obsequió al Teniente de Trujillo, Martín de Estete, con un deslumbrante e irisado tesoro de objetos de oro, de plumas y de perlas, que fue extraído de la casa de ídolos o huaca de Chimú-Guamán, junto a la mar. Figuraban en el lote miliunanochesco, una almohada cubierta de perlas, una mitra de perlas, un collar de oro y perlas y un asiento en cuyo espaldar había borlas de perlas que ceñían cabezas esculpidas de pájaros. Equipo marfileño que acaso perteneciera a algún sacerdote del culto lunar, que era, según el cronista Calancha, el privativo de los yungas, en contraste con el andino culto solar. (...) De las huacas de la gran ciudad de Chanchán (...) surgieron en la época colonial tesoros que se fundieron y dieron ríos de onzas deslumbrantes. De la huaca del Sol de Moche se extrajo, según Calancha, como 800 000 pesos. Y el desvalijo continuó por los huaqueros de la época republicana, como aquel empírico coronel La Rosa, que repartió sus trofeos arqueológicos con el viajero Squier y confesó a Wiener que había hecho fundir más de cinco mil mariposas de oro, de apenas un miligramo de espesor, lindos juguetes con alas de filigrana, a los que se podía, por su levedad, lanzar al aire y ver revolotear alegremente venciendo la pesantez hasta caer en tierra. La mayoría de los objetos de oro encontrados en Chanchán y en otros lugares, fue fundida o emigró a los museos extranjeros, para constituir las innumerables colecciones que poseen ejemplares y muestras que no tienen los escasos museos peruanos y las colecciones particulares peruanas, torpemente prohibidas.

Raúl Porras Barrenechea



Del azogue y cómo fundían el metal

Los antiguos pobladores del Perú conocieron el azogue, antigua denominación que se daba al mercurio. Lo admiraron por su brillo y movimiento, pero nunca supieron qué hacer con él ni como utilizarlo. Lo que sí supieron fue que su manipulación podría causar daños al organismo, que se manifestaban en temblores y pérdida de los sentidos, principalmente la vista.

Los Reyes, con la intención de proteger a sus vasallos, prohibieron la extracción del azogue y pidieron sea olvidado. Cuentan los cronistas que, los indios llegaron a aborrecerlo de tal manera, que lo olvidaron con el tiempo, además como no tenían escritura, lo borraron de su lenguaje. Recién en el año de 1567, un portugués llamado Enrique Garcés lo descubrió en abundancia en la provincia de Huanca, al que le añadieron el nombre *Uilca*, que significa grandeza, por la abundancia del azogue en esa zona (es la actual provincia de Huancavelica).

Fue hasta el año de 1571 que, el español Pedro Fernández de Velasco, quien había estado en México, supo hacer el ensayo para la extracción de la plata con azogue.

Con el azogue se encontraban ciertos minerales en polvo, que fueron utilizados por los Incas, a manera de maquillaje. Así los indios llamaron *ichma* a uno color carmesí y *llimpi* a uno color púrpura. Este maquillaje no era utilizado por los pobladores comunes, sino que era distintivo de la realeza y dentro de ella, la gente joven, ya que las mujeres mayores usaban la cara lavada. Su uso no era de diario y solo era utilizado para las fiestas.

Cerca del cerro Potosí, al que llamaron *Hatun Potocsi* (el grande o el padre), había otro más pequeño, al que llamaron *Huaina Potocsi* (el mozo o el hijo). En las faldas de este último, hallaron un metal bajo, que en su mayoría o totalmente era plomo, el que, mezclado con el metal de plata lo hacía correr, al que llamaron *zuruchec* (deslizar). Esta mezcla fue siendo



perfeccionada, en cantidades de tantas libras de plata por tantas onzas de metal de plomo, como una alquimia, alimentada por la codicia y el afán de obtener más y mejor calidad de plata.

Una vez templado el metal, lo fundían en unos pequeños hornillos portátiles de barro, donde no utilizaban fuelles ni cañutos de cobre para soplar.

Esta forma de fundir el metal estaba expuesta a grandes fallas, por ser al aire libre. Si había mucho viento, se gastaba mucho más carbón y se enfriaba con facilidad el metal. Si el viento era escaso, no había suficiente fuerza en las llamas para fundirlo.

Por ello, los indios iban de noche a las laderas de los cerros, donde hallaban un viento templado y un sitio más o menos abrigado, que ayuden a la fundición de la plata. Era una hermosa visión, el apreciar hasta quince mil hornillas ardiendo en las alturas de los cerros, durante toda la noche. Luego de esa primera fundición, se realizaban otras más, en sus casas, para separar la plata y gastar el plomo.

Los españoles, dueños de la minas, al ver que se desperdiciaba mucho mineral en esta forma de fundición con viento natural, y estaba su mineral en muchas manos, optaron por hacer sus propias fundiciones con grandes fuelles, que soplasen a los hornillos, como el viento natural, con ayuda de ruedas con velas, como los molinos de viento o ruedas tiradas por caballos. Además, separaban a los indios de la operación de la fundición, ya que cobraban un tanto de plata, por cada quintal de metal que sacasen.

Todo este procedimiento se mejoró, con la utilización del azogue en la extracción del oro y la plata.

Inca Garcilaso de la Vega



Oro del antiguo Perú

Cuando los conquistadores españoles Pizarro, Almagro y sus seguidores, partieron de Panamá hacia el Perú, tenía una idea fija: el oro. Al llegar, conquistaron de la manera más bárbara, quemando pueblos y matando a sus pobladores, encontrando mucho oro, más del que podían haber imaginado hallar.

Pero el oro en el Perú no era como en otras partes, la historia era propia y diferente a las demás naciones del mundo. Las principales diferencias eran dos: una, su uso ceremonial y de ostentación; otra, nunca se hizo pieza de oro puro, siempre aleado con plata, cobre o ambos. A la aleación de oro (al 75%) plata (15%) y cobre (10%) se llamó tumbaga, la que se caracterizaba por su bajo punto de fusión, su mayor dureza en el acabado y una mayor cantidad de material con apariencia de oro puro.

Para los españoles, el oro era su principal interés, pero con él no podían comprar nada, pues no era un material de intercambio, como lo era el *mullu* (*Spondylus sp.*) y los textiles, que sí tenían valor comercial.

Cuando los conquistadores saquearon el oro de los palacios y templos, no originaron una ruina económica a los Incas, sino su ruina cultural, pues las representaciones de sus dioses, vestuario de sus señores y ornamentos, eran delpreciado metal.

Los principales objetos fabricados en oro, se pueden concentrar en tres grupos;

- Funerarios: para adornar los fardos, como máscaras, pecheras y tocados.
- Ceremoniales: para uso en diferentes rituales, entre los que tenemos los tumis (cuchillos), sonajas, copas, keros (vasos) y esculturas.
- De uso personal: eran los más numerosos y vestían a la realeza, de pies a cabeza, desde sandalias, brazaletes, orejeras, pecheras, coronas, collares, canilleras, gargantillas, narigueras, cetros y más.

El oro no fue heredado, el dueño y señor se llevó todo a la tumba. De allí que la mayor cantidad de objetos de oro proviene de tumbas, por lo que se deduce la pertenencia de la mayor cantidad de oro en pocas manos.

Avances en la investigación arqueológica citan el hallazgo más antiguo de oro en la comunidad de Waywaca, cerca de la ciudad de Andahuaylas, donde se hallaron finas láminas y herramientas para su fabricación. Su descubridor, Joel Grossman, fechó su hallazgo alrededor del 1500 a.C.

El más alto grado de desarrollo y el mayor legado de piezas de oro se dio en el pueblo Moche (200 d.C.). Los ornamentos de: el Señor, el Viejo Señor y el Sacerdote de Sipán, son la mejor muestra de ello. (...)

Del oro y plata

El mejor testigo de la riqueza, de oro y plata que se tenía en el Perú, era el mismo reino de España. Ya en los primeros años de la conquista, se enviaban a Europa oro y plata equivalente a trece millones de ducados.

El oro se extraía de diferentes provincias, algunas con mayor abundancia que otras. Este metal se encontraba en diferentes formas: en la superficie, en arroyos y ríos (lavando la tierra o la arena). Allí extraen desde limallas, pepitas (como de melón o calabaza) y otras piezas más grandes (como huevos).

Pero el oro en el Perú, no era como en otras partes. Era de dieciocho a veinte quilates de ley. En las minas de Callahuaya, se hallaba el oro más fino, que llegaba a los veinticuatro quilates.

Cuentan los cronistas que, por el año de 1556, se halló en una mina de Callahuaya, una piedra de un metal de color gris, agujereada y con unas puntas de oro, como si su totalidad hubiera sido vaciada o llenada de oro. Era tan grande como el tamaño de la cabeza de un hombre. Decían, por entonces, que si no la sacaban de la mina donde estaban, la piedra se convertiría toda en oro. Los indios la llamaban *huaca*, es decir, cosa digna de admiración por ser linda. Según se cuenta, el dueño de tanpreciado tesoro viajó a España para mostrar la piedra al Rey Felipe II, sin embargo, la nave se extravió con él y otros tesoros más.

La plata se extraía y purificaba a un costo mayor. El mayor potencial de plata se hallaba en las minas de Potosí (actual Bolivia), que fueron descubiertas el año de 1545. Cuentan los cronistas que el cerro tenía una bella forma, como de pilón de azúcar. Incluso en las mañanas, se veía la cima, cubierta de nieve, debido a la altura en que se encuentra. Estos territorios estaban dentro de la repartición de Gonzalo Pizarro, hermano de Francisco Pizarro, Conquistador del Perú.

La minas de Potosí fueron halladas por criados de españoles llamados *yanacuna* (hombre que tiene la obligación de hacer trabajo de criado), los

cuales las comenzaron a explotar, pero como era tanta la riqueza, que no pudieron ocultarla a sus amos y las descubrieron a ellos.

Un español llamado Gonzalo Bernal, mayordomo de Pedro de Hinojosa, sucesor de Gonzalo Pizarro, dijo que: *“Las minas tienen tanta riqueza que, luego de unos pocos años de explotación, valdrá más el hierro que la plata”*. Este pronóstico se cumplió por los años de 1554-1555, cuando en plena guerra interna, hubo mucha carestía y los herrajes de caballos y mulos eran pagados a altos precios (6 y 5 ducados).

La guerra entre los conquistadores causó gran carestía. Durante los dos años que esta duró, no pasaron barcos por el Perú, que lleven cosas a España. A pesar de ser una tierra tan rica y abundante en oro y plata, además de piedras preciosas, como se sabía en toda Europa, sus pobladores eran los más pobres y miserables del mundo, por ese tiempo.

Inca Garcilaso de la Vega

El botín de oro de Pizarro

La cruzada de sangre y oro de la conquista llegó con Pizarro a Cajamarca y desbarató, en el espacio de cincuenta minutos, con ciento sesenta y ocho aventureros haraposos, al invicto ejército incaico de treinta mil hombres, que había conquistado toda la América del Sur. (...) De la captura del Inca, en medio de su corte enojada en lo alto de su litera impasible, cargada por los estoicos Lucanas, arranca el río de oro alucinante que lleva el nombre del Perú a los confines del mundo occidental. Y no fue mentira el relato fabuloso de los cronistas, ni de los humanistas europeos o los comerciantes genoveses o venecianos que en Sevilla vieron el desfile del fantástico botín y lo divulgaron por Europa con cifras de envidia. Aquel día, en aquel rincón andino del Perú, la historia del mundo había dado un salto o un viraje: el oro americano, principalmente el del Perú, iba a transformar la economía europea, porque al aumentar el circulante y producir la repentina alza de los precios, iba a surgir el auge incontrolado del dinero y del capitalismo.

Jerez y Pedro Sancho, secretarios de Pizarro, describieron en sus crónicas —que se tradujeron y adaptaron en publicaciones europeas— el botín obtenido por Pizarro en Cajamarca y el Cuzco. El primer botín de la cabalgata sudorosa y jadeante, que recorre el campo de Cajamarca y saquea el campamento del Inca, es de 80 mil pesos de oro y siete mil marcos de plata y 14 esmeraldas. (...)

El Inca, astuto y sutil, en quien los españoles se espantarían “*de ver en hombre bárbaro tanta prudencia*”, comprendió que el oro, buscado ansiosamente por la soldadesca era el precio y el talismán de su vida e hizo, espectacularmente, el ofrecimiento fabuloso que llenó de asombro a su siglo y a la historia: llenar la sala de su prisión, de 22 pies de largo por 17 de ancho, de cántaros, ollas, tejuelos y otras piezas de oro y dos veces la misma extensión de plata, hasta la altura de “*estado y medio*”. (...)

Por los caminos incaicos empiezan a llegar las acémilas humanas cargadas de oro y plata. Cada día llegan cargas de treinta, cuarenta y cincuenta mil pesos de oro y algunos de sesenta mil. Los tres comisionados de Pizarro que llegan al Cuzco, ordenan deschapar las paredes del Templo del Sol y los palacios incaicos de sus láminas de oro. Y parten para Cajamarca la primera vez 600 planchas de oro de 3 a 4 palmos de largo, en doscientas cargas que pesaron ciento treinta quintales y, luego, llegaron sesenta cargas de oro más bajo, que no se recibió por ser de 7 u 8 quilates el peso. Más tarde llegó todo el oro recogido por Hernando en la “mezquita” de Pachacamac.

Raúl Porras Barrenechea



El botín del Cuzco

El cronista Agustín de Zárate dice que “*en el Cuzco se halló tanto como en Caxamalca*”. Gómara dice “*que fue más, aunque como se repartió entre más gente no pareció tanto*”. Pero Garcilaso afirma que en el Cuzco “*ovo más*”. De las publicaciones hechas por el historiador peruano don Rafael Loredó sobre el acta inédita del reparto del Cuzco, se deduce que el botín de esta ciudad ascendió a 588 226 pesos de oro de 450 maravedís, y a 164 558 marcos de plata buena a 2110 maravedís y 63 752 marcos de plata mala a 1125 maravedís, lo cual da un total de 793 140 080. En Cajamarca, según el mismo documento, se obtuvo 1 326 539 pesos de oro de 450 maravedís y 51 610 marcos de plata a su verdadera ley de 1958 maravedís, lo que da un total de 697 994 930. Esto confiere, evidentemente, una ligera ventaja, en las cifras oficiales, al tesoro del Cuzco sobre el de Cajamarca, aunque bien sabemos que en esta villa mucho no fue quintado ni fundido y hubo múltiples evasiones. Únicamente el escaño de Pizarro —que pesó 83 kilos de oro de 15 quilates y no fue contado— restablece la balanza a favor del botín cajamarquino. Por de pronto, el oro habido en Cajamarca fue más del doble del que se hubo en el Cuzco. Es la plata la que predomina en este último reparto. La cuota asignada en el Cuzco a cada soldado tuvo que ser menor, ya que era mayor el número de participantes. (...)

Pizarro recibió lo que le correspondía “*en piezas labradas de indios y en ciertas mujeres de oro*”. La pieza más extraordinaria del botín del Cuzco fue, según el documento glosado por Loredó, una “*plancha de oro blanco que no ovo con que pesalla*”, y que se presume fuera la imagen de la luna arrancada al Templo del Sol.

Raúl Porras Barrenechea



La balsa de los tumbesinos

En 1525, Francisco Pizarro y Diego de Almagro ofrecen a Pedrarias de Ávila, gobernador de Tierra Firme, hacer un descubrimiento hacia la parte del levante.

Ellos tenían noticias de una provincia llamada Perú, ubicada en la misma costa de Tierra Firme en la parte del mar del Sur. Después de muchas peripecias y ya cansados por no obtener provecho del viaje, decidieron enviar a un piloto muy bueno llamado Bartolomé Ruiz, quien fue con un navío y alguna gente a recorrer la costa.

Encontró una bahía muy buena a la que llamó San Mateo. Allí vio tres pueblos grandes junto al mar. Algunos indios se acercaron a él, iban adornados en oro y diademas e invitaron a Bartolomé Ruiz a ir con ellos. Estuvo dos días con los indígenas viendo como andaban adornados con oro, dándole a él un poco de oro para fundir. Comprobó que no había diferencias, entre los indios de Perú y los de Panamá, para fundir el oro.

Regreso al navío acompañado de los indios que lo habían llevado y de otros muchos, siguieron la costa y vieron que iban frente a una tierra muy llana y de muchas poblaciones hasta que llegaron frente a unas grandes sierra y costa brava y se dieron cuenta de que se encontraban en la línea equinoccial. Dieron vuelta e hicieron escala en algunas ensenadas pequeñas para tomar posesión de ellas y proveerse de agua. Tomaron un navío en el que cabían hasta veinte hombres yéndose en él once indios, el resto se fue por tierra quedándose Bartolomé Ruiz con tres nativos para que fueran sus traductores.

El navío que tomó Ruiz tenía al parecer cabida de hasta treinta toneles; estaba muy bien hecho, la quilla era de unas cañas tan gruesas como postes, ligadas con sogas de henequén, que es como cáñamo, y los altos de otras cañas más delgadas ligadas con las mismas sogas, en donde ellos estaban junto con la mercadería, porque la parte baja se mojaba. Tenía sus mástiles y antenas de muy fina madera y velas de algodón de la misma forma que nuestros navíos y también de muy buena jarcia de henequén. Una piedra llamada potala hacía las veces de ancla a manera de muela de barbero.

Traían muchas piezas de plata y de oro para adorno personal. Las usaban para trueque por conchas de pescado como tales hacen cuentas coloradas como corales y blancas. Llevaban coronas y diademas, cintos, puñetes, tenazuelas, cascabeles y sartas y mazos de cuentas y rosiclères y espejos guarnecidos de plata, tazas y otras vasijas para beber; traían también muchas mantas de lana y de algodón, camisas, vestidos (aljuba) y pantalones (alaremes) y otras muchas ropas todas ellas muy labradas con figuras de aves, pescados, animales y arboledas de colores grana y carmesí, azul y amarillo y de muchos otros colores mas.

Asimismo, traían unos pesos chiquitos de pesar oro con hechura de romana y otras muchas cosas; en algunas sartas de cuentas había esmeraldas, casadonias, pedazos de cristal y otras piedras.

Francisco de Xerez



El oro perulero en Sevilla

La crónica de Xerez explica, con su fría parsimonia y exactitud notarial, los objetos más notables del botín de Cajamarca que se salvaron de la fundición. Dice el cronista que, *“aparte de los cántaros grandes y ollas de dos y tres arrobas, fueron enviados al Rey, una fuente de oro grande con sus caños corriendo agua”*; otra fuente donde hay muchas aves hechas de diversas maneras y hombres sacando agua de la fuente, todo hecho de oro; llamas con sus pastores de tamaño natural de oro; un águila o cóndor de plata, *“que cabía en su cuerpo dos cántaros de agua”*; ollas de plata y de oro en las que cabía una vaca despedazada; un ídolo del tamaño de un niño de cuatro años, de oro macizo; dos tambores de oro, y *“dos costales de oro, que cabrá en cada uno dos fanegas de trigo”*. Pedro Sancho habla de que se fundieron *“piezas pequeñas y muy finas”*, que se contaron más de 500 planchas de oro del templo del Cuzco, que pesaban desde cuatro y cinco libras hasta diez y doce libras y que entre las joyas había *“una fuente de oro toda muy sutilmente labrada que era muy de ver, así por el artificio de su trabajo como por la finura con que era hecha, y un asiento de oro muy fino –la tiara del Inca o del sol– labrado en figura de escabel que pesó diez y ocho mil pesos”*. (...)

Toda la ciudad de Sevilla presencié la descarga del tesoro de los Incas cuando se llevaron de la nao Santa María del Campo a la Casa de Contratación las vasijas y grandes cántaros del Templo del Sol a lomo de mulas y el resto en cajas conducidas por lentas carretas de bueyes, en veintisiete cargas. Pero los funcionarios del Consejo de Indias tomaron inventario minucioso de todo el oro y la plata llegados del Perú, el que coincide absolutamente con la relación sumaria y asombrada de los cronistas. (...)

En el Perú, la historia supera en asombros a la leyenda.

Raúl Porras Barrenechea



Las minas coloniales

Pasado el deslumbramiento de los botines del oro de Cajamarca y del Cuzco y de los entierros famosos, los economistas modernos tratan de enfriar aquella emoción única. Garcilaso y León Pinelo habían ya reaccionado, enunciando la tesis de que las minas del Perú y el trabajo sistematizado de ellas habían dado a España más riquezas que las de la conquista. El Inca Garcilaso asegura que todos los años se sacan, para enviarlos a España, *“doce o trece millones de plata y oro y cada millón monta diez veces cien mil ducados”*.

En 1595, dice el mismo Inca, entraron por la barra de San Lúcar treinta y cinco millones de plata y oro del Perú. Y León Pinelo, con los libros del Consejo de Indias en la mano, dice que en el Perú se labraban, a principios del siglo XVII, cien minerales de oro y que en ellos se habían descubierto dos minas de cincuenta varas, de otros metales. Es el momento del apogeo de la plata. (...)

El padre Cobo escribía hacia 1650: *“Hoy se saca cuatro veces más plata que en la grande estampida de la conquista”*. (...)

El oro prevaleció, en los primeros años, hasta 1532, en que se descubrieron las primeras minas de plata en Nueva España y, en 1545, las de Potosí. León Pinelo calcula que las minas de oro del Perú, Nueva Granada y Nueva España daban al Rey un millón de pesos anuales. Desde la conquista hasta 1650 el oro indiano dio quince mil cuatrocientos quintales de oro de pura ley. Según el economista Hamilton, el tesoro dramáticamente obtenido por los conquistadores fue *“una bagatela”* en comparación con los productos de las minas posteriores. Hasta el cuarto decenio del siglo XVII, el tesoro de las Indias se vertió en la metrópoli con caudal abundancia. La corriente de oro y plata disminuyó considerablemente, pero no cesó por completo.

Raúl Porras Barrenechea



El reparto del botín

En el fabuloso botín del Inca en Cajamarca llaman la atención la extraordinaria suma de oro recogida y la calidad artística del oro pulido y exornado. La cantidad recogida fue, según el acta oficial del reparto, 1 326 539 pesos de buen oro, cada peso de cuatrocientos cincuenta maravedís (...)

Aun la cuota otorgada al último peón era fortuna apreciable, porque con lo ganado por un hombre de a caballo, como Juan Ruiz de Albuquerque, pudo este regresar a España para ayudar al Rey con sus donativos, fincar 600 ducados de renta en juro perpetuos en Jerez en Sevilla, gastar tren de escuderos y esclavos negros, fundar mayorazgos y dedicarse a la montería de perros y volatería de azores en su pueblo natal y en su casa solar con un escudo de piedra en el frontis. Otros volvían *“de ciudadanos labradores, de pobres, hechos señores”* y, como Rodrigo Orgóñez, mandaban fundar capellanías y entierros en San Juan de los Reyes en Toledo; o como Pedro Sancho se casaban con damas de la aristocracia, o como Francisco de Xerez, era elogiado en coplas porque *“tiene en limosnas gastados / mil y quinientos ducados / sin los más que da escondido”*.

Es posible que la suma de oro reunida fuese mayor que la que da el acta oficial del reparto. Sumando la plata al oro lo recogido en Cajamarca fue, según León Pinelo, 3 130 485 pesos. Pero, dada la abundancia de metal, los repartidores veedores tuvieron mano larga para el peso y el *“oro de catorce quilates lo ponían a siete y lo de veinte a catorce”*. No todo el oro fue registrado y mucho se evadió de la cuenta. En el hartazgo de oro de Cajamarca nadie reparaba en peso de más y de menos, y *“era tenido en tan poco el oro y la plata así de los españoles como de los indios”*, que algunos conquistadores ambulaban por las calles de Cajamarca con un indio cargado de oro, buscando a sus acreedores para pagarles, y entregaban por cualquier cosa un pedazo de oro en bulto, sin pesar. (...)

El oro necrófilo

El oro recogido por los españoles en Cajamarca y el Cuzco, no obstante su caudalosidad, no fue sino una mínima parte de la riqueza incaica. *“No fue sino muy pequeña parte de lo que de estos tesoros vino en poder de los españoles”*, afirma el padre Cobo. *“La mayor parte de sus riquezas —dice Gracilaso— la hundieron los indios, ocultándola y enterrándola de manera que nunca más ha parecido”*. Y Cieza refería que Paullo Inca le dijo en el Cuzco que, *“si todo el tesoro de huacas, templos y enterramientos se juntase, lo sacado por los españoles haría tan poca mella, como se haría sacando de una gran vasija de agua una gota della”*, o de una medida de maíz un puñado de granos. Los españoles se llevaron el oro de los templos y palacios que los indios no alcanzaron a esconder, pero no vislumbraron la enorme riqueza sepultada en las tumbas. El hombre del Incario se preocupó tanto o más de la morada eterna que de la provisoria de la vida. En el Perú antiguo hubo más necrópolis que ciudades y estas ciudades estaban llenas de tesoros maravillosos. Los señores y caudillos se enterraban con todo su atuendo de mantas lujosas, vajilla de oro y plata, joyería de perlas, turquesas y esmeraldas, ollas y cántaros de barro y de oro. Se creía que quien no llevaba mucho a la otra vida, lo pasaría muy pobre y desabridamente. (...)

Desde el día siguiente de la conquista surgen las leyendas de tesoros ocultos que alucinan a tesoristas empeñosos y a aventureros de la imaginación. Tras del resonante desentierro del tesoro del cacique de Chimú y de la huaca de Toledo, crece la fiebre funeraria de los conquistadores vacantes. Se habla de los tesoros enterrados en Pachacamac, del tesoro de Huayna Cápac enterrado en el templo del Sol, de los de Curamba y de Vilcas, de los tesoros de doña María de Esquivel y de la cacica Catalina Huanca en el cerro del Agustino, veinte veces perforado inútilmente por los huaqueros.

Ninguno de los tesoros famosos clamoreados en el siglo XVI apareció ante sus pesquisadores. No hallaron el tesoro de Huayna Cápac el tesorero de Arequipa (...)

Tampoco pudo nadie llegar a la cumbre nevada del Pachatusan, donde 300 cargas de indios Antis, portadores de oro en polvo y en pepitas, fueron enterrados por orden de Túpac Yupanqui. Ni la plata y el oro sepultados por los indios de Chachapoyas o los de Lampa, que escondieron los caudales que conducían 10 mil llamas y que buscaba aún en la hacienda Urcunimuri, en 1764, un soñador autorizado por el Virrey (...)

Raúl Porras Barrenechea



Lima en 1713

Un ingeniero de fortificaciones, monsieur Amédée Francois Frezier, es el creador de la leyenda faustosa de Lima. Llegado de América en uno de los buques de los celebres marinos de Saint-Malo, a consecuencia del permiso otorgado por Felipe V al comercio francés, Freizer es el primer extraño que en el régimen de clausura en que vivían las ciudades coloniales contempla a sus anchas el rostro de la recatada ciudad indiana.

Así como en las ciudades de Europa se cuentan las carrozas para dar un índice de su magnificencia, en Lima pueden contarse como cuatro mil calesas, carruaje ordinario del país, halado por dos mulas: pero para dar una idea de opulencia de esta ciudad basta con relatar la exhibición de riquezas que hacia 1682 hicieron los comerciantes de Lima a la entrada del Duque de la Palata, cuando este vino a tomar posesión de la ciudad; hicieron pavimentar el espacio de dos calles, la de la Merced y de los Mercaderes, por donde aquel debía entrar a la plaza Real, donde está el Palacio, de lingotes de plata quintados, que pesan ordinariamente alrededor de doscientos marcos, largos de doce a quince pulgadas, ancho de cuatro a cinco y espeso de dos ates, lo que podía hacer la suma de ochocientos millones de escudos, o sea, alrededor de trescientos veinte millones de libras de nuestra moneda, sobre el precio actual. Es cierto que Lima es, en alguna manera, el depósito de los tesoros del Perú, del que es la capital. Se ha supuesto, hace algunos años, que sus gastos ascienden a seis millones de escudos; pero es preciso rebajar hoy día esa suma, desde que el comercio de los franceses ha traído la mercadería de Europa, y que los puertos de Arica, Ilo y Pisco, a los que van, atrae la plata que venía antes a Lima, de donde resulta que al presente la ciudad está pobre, en comparación de lo que era antiguamente.

Copé: el petróleo de los incas

El nombre de *copé* se daba a un petróleo de color oscuro y espeso. Antes del uso del kerosene para alumbrarse, se beneficiaba esta sustancia tan solo para sacar la brea.

Los incas lo usaban para alumbrarse durante sus cultos, impermeabilizar sus vasijas, momificar a sus muertos, pavimentar sus caminos y asimismo con fines medicinales.

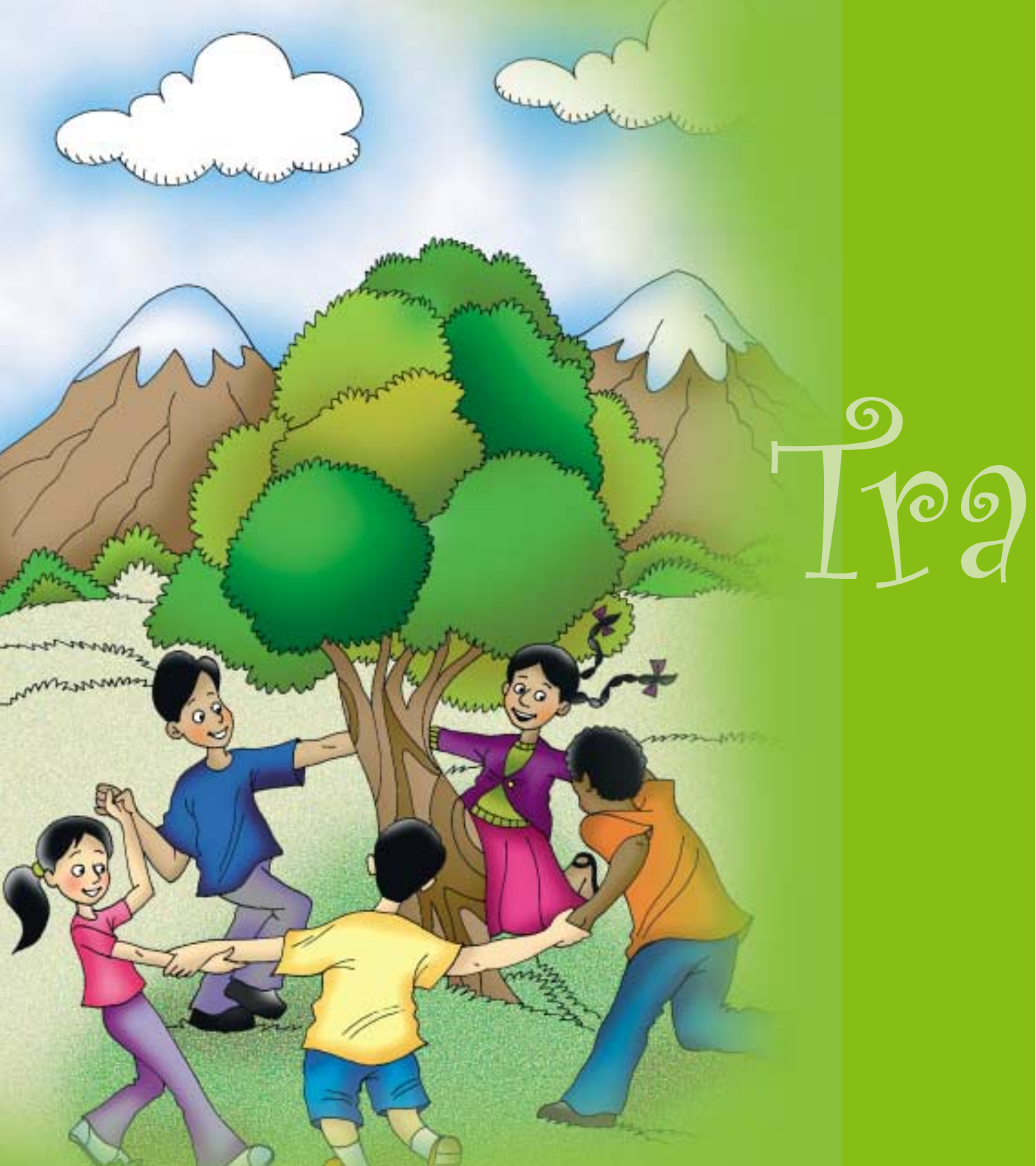
Los españoles lo usaban para calafatear sus naves.

El nombre Amotape es conocido por la brea que se encuentra en unos cerros a siete leguas de la población. El beneficio se hace cocinando dicha sustancia en agua, para separar el asfalto de las impurezas y de los aceites volátiles que se desprenden vapores.

Según Antonio Raimondi, cuando pasó por aquellos lugares se estaba excavando un pozo para buscar el petróleo que sale a la superficie del terreno bajo la forma de *copé*, dándose este nombre al petróleo que contiene asfalto.

El mismo Raimondi los define como “*petróleo negro*”, y muy espeso por una gran proporción de asfalto que tiene en disolución “*utilizado en el lugar para la extracción de la brea, que emplean para barnizar el interior de las botijas que sirven para el transporte de aguardiente*”.





Ira

Tradiciones

Tradiciones

La tradición es un género literario que se alimenta de acontecimientos transmitidos oralmente de generación en generación.

Las *Tradiciones Peruanas* representan un género narrativo, creado por Ricardo Palma, caracterizado por relatar con gracia e ironía sobre las costumbres coloniales y de época.

La Achirana del Inca

El año 1412, el Inca Pachacútec en compañía de su hijo el príncipe Yupanqui y de su hermano Cápac Yupanqui, emprendió la conquista del valle de Ica, cuyos pacíficos habitantes, no carecían de esfuerzo y elementos para la guerra. Por lo que el Inca propuso a los iqueños que se sometiesen a su paternal gobierno.

Visitando el feraz territorio que acababa de someter, se detuvo en el *Pago* llamado Tate, cuya propietaria era una anciana a la que acompañaba su bellísima hija.

El conquistador creyó que también sería fácil su conquista, pero ella que amaba a un galán de la comarca, tuvo la energía necesaria para resistir a los enamorados ruegos del omnipotente soberano.

Al ver perdida la esperanza de ser correspondido, decidió dejarla en paz y otorgarle la merced que le pidiera, en recuerdo del amor que le inspiró. “Nada debo pedirte”, contestó la bella, “quien dones recibe obligado queda; pero si te satisface la gratitud de mi pueblo, ruego que des agua a esta comarca. Siembra beneficios y tendrás cosechas de bendiciones” y así cautivó con sus palabras al noble soberano, quien propuso esperar diez días para ver realizado el sueño de la comunidad.

Y el caballeroso monarca subió al *anda de oro* que llevaban en hombros los nobles del reino y continuó de viaje triunfal.

Cuarenta mil hombres del ejército Inca durante diez días abrieron el cauce que lleva del Molino y del Trapiche y termina en Tate, heredad de la doncella que deslumbró al monarca.

Según la tradición, este es el origen de la Achirana que significa “*lo que corre limpiamente hacia lo que es hermoso*”.

Ricardo Palma



La gruta de las maravillas

A pocas cuadras del caserío de Levitaca, en la provincia de Chumbivilcas, existe una gruta, verdadero prodigio de la Naturaleza, que es constantemente visitada por hombres de ciencia y viajeros curiosos, que dejan su nombre grabado en las rocas de la entrada. Entre ellos figuran los de los generales Castilla, Vivanco, San Román y Pezet, ex presidentes del Perú. Desgraciadamente, no es posible pasar de las primeras galerías; pues quien se aventurase a adelantar un poco la planta, moriría asfixiado por los gases que se desprendieron del interior.

Ahora refiramos la leyenda que cuenta el pueblo sobre la gruta de las maravillas.

Mayta Cápac, llamado el Melancólico, cuarto inca del Cuzco, después de vencer a los rebeldes de Tiahuanaco y de dilatar su imperio hasta la laguna de Paria, dirigióse a la costa y realizó la conquista de los fértiles valles de Arequipa y Moquegua. Para el emprendedor monarca no había obstáculo que no fuese fácil de superar; y en prueba de ello, dicen los historiadores que, encontrándose en una de sus campañas detenido de improviso el ejército por una vasta ciénaga, empleó todos sus soldados en construir una calzada de piedra, de tres leguas de largo y seis varas de ancho, calzada que aún se conservan vestigios. El inca creía desdorado dar un rodeo para evitar el pantano.

Por los años 1181 de la era cristiana, Mayta Cápac emprendió la conquista del país de los *chumpihuillcas*, que eran gobernados por un joven y arrogante príncipe llamado Huacari. Este, a la primera noticia de la invasión, se puso al frente de siete mil hombres y dirigióse a la margen del Apurímac, resuelto a impedir el paso del enemigo.

Mayta Cápac, para quien, como hemos dicho, nada había imposible, hizo construir con toda presteza un gran puente de mimbres, del sistema de puentes colgantes, y pasó con treinta mil guerreros a la orilla opuesta. La invasión del



puente, el primero de su especie que se vio en América, dejó admirados a los vasallos del Huacari e infundió en sus ánimos tan supersticioso terror, que muchos, arrojando las armas, emprendieron una fuga vergonzosa.

Huacari reunió su consejo de capitanes, convencióse de la esterilidad de oponer resistencia a tan crecido número de enemigos, y después de dispersar las reducidas tropas que le quedaban, marchó, seguido de sus parientes y jefes principales, a encerrarse en su palacio. Allí, entregados al duelo y a la desesperación, prefirieron morir de hambre antes de rendir vasallaje al conquistador.

Compadecidos los *auquis* o dioses tutelares de la inmensa desventura de príncipe tan joven como virtuoso, y para premiar su patriotismo y la lealtad de sus capitanes, los convirtieron en preciosas estalactitas y estalagmitas, que se reproducen, día por día, bajo variadas, fantásticas y siempre bellísimas cristalizaciones. En uno de los pasadizos o galerías que hoy se visitan, sin temor a las mortíferas exhalaciones, vése el pabellón del príncipe de Huacari y la figura de este en actitud, que los naturales interpretan, de decir a sus amigos: “*Antes la muerte que el oprobio de la servidumbre*”.

Tal es la leyenda de la gruta maravillosa.

Ricardo Palma



Los tesoros de Catalina Huanca

Los *Huancas*, asentados en el Valle del Mantaro a principio del siglo XI, fueron sometidos por el Inca Pachacútec después de fatigosa campaña, y reconociendo como cacique a Oto Apu-Alaya.

Cuando cayó prisionero Atahualpa, Pizarro solicitó al cacique de Huancayo, y a trueque de que respetase sus antiguos privilegios reconoció la orden del gobierno. Apreciando en conveniencia del pacto y para halagarlo bautizó, en calidad de padrino, a Catalina Apu-Alaya, heredera del título y dominio.

Catalina Huanca, como generalmente es llamada, de gran devoción y caridad fue asimismo poseedora de una inmensa fortuna. Se deduce de las cuantiosas donaciones para las edificaciones de la Iglesia y convento de San Francisco así como del Hospital de Santa Ana, para el que donó propiedades y terrenos.

Su caridad con los pobres fue proverbial. Con la real caja de los censos estableció una fundación cuyo producto debería emplearse en pagar parte de las contribuciones de los indígenas de San Jerónimo, Miti, Orcotuna, Concepción Chupaca y Jicaya.

Doña Catalina pasaba cuatro meses del año en su casa solariega de San Jerónimo y al regresar a Lima, en su litera de plata escoltada por hermanitos indios, durante su paso por villorrios y caseríos se le brindaban grandes festejos. Cada vez que regresaba a Lima traía cincuenta acémilas cargadas de oro y plata. No se sabe el origen de estas riquezas. La creencia más generalizada es que procedían del tesoro que durante siglos acumulaban padres e hijos de sus antepasados.

Doña Catalina Huanca murió en tiempos del virrey Marqués del Guadalcazar, de cerca de noventa años de edad y fue llorada por grandes y pequeños, pero el escondite de sus tesoros jamás fue encontrado.

Ricardo Palma



Un cerro que tiene historia

A un cuarto de legua de la Plaza Mayor de Lima, y encadenado a una serie de colinas que son ramificación de los Andes, levántase un cerrillo de forma cónica, y cuya altura es de cuatrocientas setenta varas sobre el nivel del mar. Los geólogos que lo han visitado convienen en que es una mole de piedra, cuyas entrañas no esconden metal alguno, y sabio hubo que, en el pasado siglo opinara que la vecindad del cerro era peligrosa para Lima, porque encerraba nada menos que un volcán de agua. Las primeras lluvias del invierno dan al cerro pintoresca perspectiva, pues toda su superficie se cubre de flores y gramalote que aprovecha el ganado vacuno.

A propósito del río, consignaremos que en 1554, el conquistador Jerónimo de Aliaga, alcalde del Cabildo de Lima, representó y obtuvo que, con gasto que no excedió de veinte mil duros, se construyese un puente de madera; mas en 1608, viendo el virrey marqués de Montesclaros que las crecientes del Rímac amenazaban destruirlo, procedió a reemplazarlo con el de piedra que hoy existe, y cuya construcción se terminó en 1610.

Con las continuas avenidas sufrieron tanto los cimientos del famoso y monumental puente de piedra, que en tiempo del virrey Amat cundió la alarma de que el primer ojo amenazaba desplomarse. Desde 1766 hasta 1777 duraron los trabajos de reparación.

En 1536 el Inca Manco, a la vez que con un ejército de ochenta mil indios asediaba el Cuzco, envió veinticinco mil guerreros sobre la recién fundada ciudad de Lima. Estos, para ponerse a cubierto de la caballería española acamparon a la falda del cerro, delante del cual pasaba un brazo del Rímac, cuyo curso continuaba por los sitios llamados hoy de Otero y el Pedregal.

Durante diez días sostuvieron los indios recios combates con los defensores de la ciudad, cuyo número alcanzaba escasamente a quinientos españoles.

Entonces fue cuando, según lo apunta Quintana refiriéndose al cronista Montesinos, la compañera de Pizarro, Inés Huayllas Ñusta, hermana de Atahualpa, instigada por una *coya* o dama de su servicio, fue sorprendida dirigiéndose al real de los sitiadores, llevándose un cofre lleno de oro y esmeraldas.

Pizarro perdonó a su compañera, la que fue después madre de sus hijos Gonzalo y Francisca; pero mandó dar garrote a la *coya*, instigadora de la fuga.

Ricardo Palma



La mina de Santa Bárbara

I

Era el día de la festividad del Corpus, y contábase el año 1564 de la era cristiana.

El Cabildo de la ciudad de Huamanga, que apenas tenía un cuarto del siglo de fundada, había echado, como se dice, la casa por la ventana para celebrar con esplendidez el día solemne de la cristiandad. En solo cirios de a cinco libras para alumbrar la iglesia parroquial, había gastado el Cabildo veinte mil ducados. La cera fue artículo carísimo en los primeros tiempos de la conquista.

A las once de la mañana, funcionando de maestro de ceremonias y con una campanilla de oro en la mano, salió del templo don Francisco de Cárdenas, luciendo la venera y manto de caballero de Santiago. Acompañábanlo, con campanillas de plata, don Pedro de Contreras y don García Martínez de Castañeda, de la Orden de Alcántara.

Abrían la procesión los cofrades de Nuestra Señora del Rosario con su mayordomo, el ricacho minero don Juan García de Vega. Llevaban todos capa de gala y cirio de a libra.

Tras la cofradía venían veintiséis religiosas del convento dominico, fundado en 1548, con su prior, fray Jerónimo de Villanueva.

Seguíanlos treinta franciscanos, Orden fundada en 1552. Y presididos por el comendador fray Sebastián de Castañeda venían veinticinco mercenarios. Estos tenían la antigüedad de fundación en Huamanga.

Después de las comunidades religiosas, y en medio de ocho vecinos acaudalados, iba don Amador de Cabrera llevando el guión del Santísimo.

Seguían doce monaguillos con pebeteros de filigrana, que despedían nubes de aromado incienso, y el palio parroquial, de brocatel de seda, con varillas de plata sostenidas por seis regidores del Cabildo.

Tras el párroco y los eclesiásticos que lo acompañaban bajo el palio, llevando la custodia de oro deslumbradora de pedrería preciosa, venían el alcalde don Juan de Palomino, de la orden de Montesa, y el corregidor don Hernán Guillén de Mendoza, con el resto de cabildantes y empleados reales.

El estandarte de la ciudad ostentaba un castillo de oro con un cordero y una bandera, y era conducido por el alférez real don Miguel de Astete, natural de Calahorra, el mismo que en Cajamarca derribó a Atahualpa de las andas de oro en que lo conducían sus vasallos, y le arrancó la borla imperial. En 1535, Astete, a quien habían tocado en el repartimiento del rescate nueve mil pesos de oro y trescientos sesenta marcos de plata, se fue a España en el navío *San Miguel*. Conductor de gran tesoro para la Corona. Allí escribió una relación de la conquista, que, según Jiménez de la Espada, se conserva inédita en uno de los archivos. Después de tres años de permanencia en su patria volvióse al Perú, y fue uno de los principales fundadores de Huamanga.

Escoltaban la procesión cuarenta hidalgos, en lujoso atavío de alabarderos reales, capitaneados por don Francisco de Angulo, primer alcalde de minas, y por el veedor don Gonzalo de Reinoso.

Detúvose la procesión frente a tres soberbios altares, cuya mesa era formada por barras de plata.

La procesión, que pasaba por entre arcos cubiertos de flores y joyas, no habría sido más suntuosa ni en la capital del virreinato.

En el arrabal, o barrio de *Carmencca*, los naturales del país recibieron al Santísimo con loas, tarasca, gigantes y gigantilla, danza de *pallas* y diversos festejos.

Los cohetes atronaban el espacio y el contento de la muchedumbre era indescriptible.

A las dos de la tarde una compañía de cinco comediantes, traídos *ad hoc* de Lima, representó un auto sacramental, que fue ruidosamente aplaudido.

Don Amador de Cabrera, que llevaba en una mano el guión parroquial y en la otra el sombrero con cintillo de oro esmaltado de brillantes, queriendo gozar a su sabor del auto, entregó el sombrero a su paje, que era un indiecito de diez años, hijo de uno de los caciques de *Guancavilca*.

Pero ello fue que, en el barullo de *Carmencca*, valioso cintillo y elegante chapeo desaparecieron de manos del muchacho. También este se hizo humo.

II

Apenas si Cabrera paró mientes en la pérdida, que no era su merced como don César Gallego, quien para socorrer en una necesidad a otro paisano suyo sacó un gran talego rebotando monedas, tomó un duro y lo dio al necesitado. Este, que era un mozo de agudo ingenio, rechazó la dádiva, diciendo:

Probando está ese talego
de tus nombres el *contraste*;
como *César* empuñaste,
y diste como *gallego*.

Al día siguiente almorzaba don Amador de Cabrera en compañía de su esposa, doña Inés de Villalobos, cuando se le presentó el cacique de Guancavilca, padre del pajecito, que, temeroso de castigo, había ido a refugiarse en la casa paterna.

—Perdona a mi hijo, *viracocha*, y sé bueno para con él —dijo el anciano.

—¿Y en qué ha pecado el muchacho para solicitar gracia de mí? El pecador fui yo, que no debí confiar prenda de codicia a un niño.

—Y yo, *viracocha*, vengo a pagarte...

—No me ofendas, cacique —interrumpió Amador de Cabrera—, que ofensa es que me tengas por tacaño a quien afligen pérdidas de bienes. Ciertamente es que

el cintillo vale seis mil ducados; pero doy lo por bien perdido, ya que fue en la fiesta del Santísimo. No se hable más del asunto y vuelva el chico a casa, que Inés y yo lo queremos como a hijo.

Una lágrima de agradecimiento asomó a los ojos del cacique, y besando la mano de Cabrera, dijo:

–Tu generosidad y nobleza me obligan a revelarte un secreto que te hará el hombre más rico del Perú. Manda ensillar tu caballo y ven conmigo a Guancavilca.

Dice el cronista Montesinos que don Amador de Cabrera, tomando entonces los dos cabos o extremos de una cinta, le contestó al viejo:

–No tengo hermano, y tú, cacique, lo serás mío. Seremos tan iguales como los dos cabos de esta cinta.

III

Veinticuatro horas después, don Amador de Cabrera era dueño de la famosa mina de azogue de Huancavelica, y realmente el hombre más rico del Perú, pues solo la mina daba, libre de menudencias, una renta de 250 pesos diarios.

IV

Aquí habría puesto punto final a la tradición; pero un amigo cree que debo completarla con apuntes biográficos que, sobre el acaudalado minero, Jiménez de la Espada y Mendiburu proporcionan. Haré, pues, una rapidísima biografía, y el que más extensa la quiera búsquela en otras fuentes.

Amador de Cabrera, natural de Cuenca, en España, emparentado con los marqueses de Moya y condes de Chinchón, vino al Perú en 1555, en busca de la madre gallega (fortuna), en la comitiva del virrey marqués de Cañete. Su excelencia no halló otra manera de protegerlo que casándolo con la hija

del conquistador Hernando de Villalobos, heredera del rico repartimiento de Angaraes.

Poseedor de la: *Todos Santos*, *Descubridora* o *Santa Bárbara*, que por estos tres nombres es conocida la mina de cinabrio, rival de las de Almadén, convine en 1572 en cederla a la Corona por la suma de doscientos cincuenta mil ducados. Firmada ya la escritura de cesión, arrepintióse Cabrera, alegando lesión enormísima, pues según dictamen de peritos, la mina era de balde por un millón. Más que el pleito, la ambición de poseer un título de Castilla espoleó a don Amador de Cabrera, que era sobradamente rico, para emprender viaje a España, y cuando ya casi tenía conseguido el título, no sé si de conde o marqués, sorprendiólo la *ñata*, en 1576. La mina quedó incorporada a la Real Corona, sin que por eso dejara de ser semillero de litigios con sobrinos y deudos del hidalgo conquense.

Ricardo Palma

¡Arre, Borrico! Quien nació para pobre no ha de ser rico

Unos dicen que fue en Potosí y otros en Lima donde tuvo origen este popular refrán. Sea de ello lo que fuere, ahí va tal como me lo contaron.

Por los años de 1630 había en la provincia de *Huarocharí* (voz que significa *calzones para el frío*, pues el Inca que conquistó esos pueblos pidió semejante abrigo) un indio poseedor de una recua de burros con los que hacía frecuentes viajes a Lima, trayendo papas y quesos para vender en el mercado.

En uno de sus viajes encontré una piedra que era rosicler o plata maciza. Trájola a Lima, enseñóla a varios españoles, y estos, maravillados de la riqueza de la piedra, hicieron mil agasajos y propuestas al indio para que les revelase su secreto. Este se puso retrechero y se obstinó en no decir dónde se encontraba la mina de que el azar lo había hecho descubridor.

Vuelto a su pueblo, el gobernador, que era un mestizo muy ladino y compadre del indio, le armó la zancadilla.

—Mira, compadre —le dijo—, tú no puedes trabajar la mina sin que los *viracochas* te maten para quitártela. Denunciémosla entre los dos, que conmigo vas seguro, pues soy autoridad y amigos tengo en palacio.

Tanta era la confianza del indio en la lealtad del compadre, que aceptó el partido; pero como el infeliz no sabía leer ni escribir, encargóse el mestizo de organizar el expediente, haciéndole creer como artículo de fe que en los decretos de amparo y posesión figuraba el nombre de ambos socios.

Así las cosas, amaneció un día el gobernador con gana de adueñarse del tesoro, y le dio un puntapié al indio. Este llevó su queja por todas partes sin encontrar valedores, porque el mestizo se defendía exhibiendo títulos en los que, según hemos dicho, solo él resultaba propietario. El pastel había sido

bien amasado, que el gobernador era uno de aquellos pícaros que no dejan resquicio ni callejuela por donde ser atrapados. Era uno de los que bailan un trompo en la uña y luego dicen que es *bromo y no pajita*.

Como único recurso aconsejaron almas piadosas al tan traidoramente despojado que se apersonase con su querella ante el virrey del Perú, que lo era entonces el señor conde de Chinchón, y una mañana, apeándose del burro, que dejó en la puerta de palacio, colóse nuestro indio por los corredores de la casa de gobierno, y como quien boca tiene a Roma llega, encamináronlo hasta avistarse con su excelencia, que a la sazón se encontraba en el jardinillo acompañado de su esposa.

Expuso ante él su queja, y el virrey lo oyó media hora sin interrumpirlo, silencio que el indio creía de buen agüero. Al fin el conde le dio la estocada de muerte, diciéndole que, aunque en la conciencia pública estaba que el mestizo lo había burlado, no había forma legal para despojar a este, que comprobaba su derecho con documento en regla. Y terminó el virrey despidiéndole cariñosamente con estas palabras:

—Resígnate, hijo, y vete con la música a otra parte.

Apurado este desengaño, retiróse mohíno el querellante, montó en su asno y, espoleándolo con los talones, exclamó:

—¡Arre, borrico! Quien nació para pobre no ha de ser rico.

Ricardo Palma



¡Ijurra! ¡No hay que apurar la burra!

I

¿No saben ustedes quién fue Ijurra? ¡Pues es raro!

Don Manuel Fuentes Ijurra era, por los años de 1790, el mozo más rico del Perú; como que poseía en el Cerro de Pasco una mina de plata, que durante quince años le produjo mil doscientos marcos por cajón. Aquello era de cortar a cincel.

Ijurra era de un feo subido de punto, tenía más fealdad que la que a un solo cristiano cumple y compete, realzada con su desgredo en el vestir. En cambio era rumboso y gastador, siempre que sus larguezas dieran campo para que de él se hablara. Así, cuando delante de testigos, (sobre todo si estos eran del sexo que se viste por la cabeza) le pedían una peseta de limosna, metía Ijurra mano al bolsillo y daba algunas onzas de oro, diciendo: —Socórrase, hermano, y perdone la pequeñez—. Por el contrario, si una viuda vergonzante u otro necesitado acudía a él en secreto, pidiéndole una caridad, contestaba Ijurra: —Yo no doy de comer a ociosos ni a pelanduscas: trabaje el bausán, que buenos lomos tiene, o vaya la buscona al tambo y a los portales.

No quiero hablar de las conquistas amorosas que hizo Ijurra, gracias a su caudal, porque este tema podría llevarme lejos. Como que le birló la moza nada menos que al regidor Valladares, sujeto a quien no tuve el disgusto de conocer personalmente, pero del cual tengo largas noticias, que por hoy dejo en el fondo del tintero.

Visto está, pues, que a Ijurra le había agarrado el diablo por la vanidad, y que para él fue siempre letra muerta aquel precepto evangélico de no sepa tu izquierda lo que des con tu derecha. El lujo de su casa, su coche con ruedas de plata y la esplendidez de sus festines, formaron época.

En esos tiempos en que no estaban en boga las tinas de mármol ni el sistema de cañerías para conducir el agua a las habitaciones, acostumbraba la

gente acomodada humedecer la piel en tinas de madera. Las calles de Lima no estaban canalizadas como hoy, sino cruzadas por acequias repugnantes a la vista y al olfato. Los vecinos, para impedir que las tablas se resacasen y descendieran de su almacén, hacían poner las tinas en la acequia durante un par de horas.

Pues el señor Ijurra tenía la vanidosa extravagancia de hacer remojar en la acequia una tina de plata maciza.

Cuéntase de él que un día mandó aplicar veinticinco zurriagazos a un español empleado en la mina. El azotado puso el grito en el cielo y entabló querrela criminal contra Ijurra. El proceso duraba ya dos años, presentando mal cariz para el insolente criollo. Este comprendió que, a pesar de sus millones, corría el peligro de ir a la cárcel, y para evitarlo pidió consejo a la almohada, que, dicho sea de paso, es mejor consejero que los de Estado.

Presentósele al otro día el escribano a notificarle un auto judicial, y después de firmar la diligencia, fingiendo Ijurra equivocar la salvadera, vertió sobre el proceso el enorme cangilón de plata que le servía de tintero. El escribano, al ver ese repentino diluvio de tinta, se tomó la cabeza entre las manos, gritando:

—¡Jesús me ampare! ¡Estoy perdido!

—No se alarme —le interrumpió Ijurra—, que para borrón tamaño, uso yo de esta arenilla.

Y cogiendo un saco bien relleno de onzas de oro las echó encima del proceso, recurso mágico que bastó para tranquilizar el espíritu del cartulario, quien no sabemos cómo se las compuso con el juez.

Vaya si tuvo razón el poeta aquel que escribió esta redondilla:

El signo del escribano, dice un astrólogo inglés,
que el signo de Cáncer es, pues come a todo cristiano.



Lo positivo es que el de los azotes, viendo que llevaba dos años de litigio y que era cuestión de empezar de nuevo a gastar papel sellado, se avino a una transacción y a quedarse con la felpa a cambio de peluconas.

No sin fundamento, dice un amigo mío, que todo anda metalizado: desde el apretón de manos hasta los latidos del corazón.

II

En la calle de Bodegones existía un italiano relojero, el cual ostentaba sobre el mostrador un curioso reloj de sobremesa. Era un reloj con torrecillas, campanitas chinescas, pajarillo cantor y no sé qué otros muñecos automáticos. Para aquellos tiempos era una verdadera curiosidad, por la que el dueño pedía tres mil dures; pero el reloj allí se estaba meses y meses sin encontrar comprador.

La tienda de Bodegones era sitio de tertulia para los lechuguinos contemporáneos del virrey bailío Gil y Lemos, a varios de los que dijo una tarde el relojero:

—*¡Per Bacco!* Mucho de que el Perú es rico y rumbosos los peruleros, y salimos, ¡Santa Madona de Sorrento!, con que es tierra de gente roñosa y cominera. En Europa habría vendido ese relojillo en un abrir y cerrar de ojos, y en Lima no hay hombre que tenga calzones para comprarlo.

Llegó a noticia de Ijurra el triste concepto en que el italiano tenía a los hijos del Perú, y sin más averiguarlo cogió capa y sombrero, y seguido de tres negros, cargados con otros tantos talegos de a mil, entró en la relojería diciendo muy colérico:

—Oiga usted, ño Fifirriche, y aprenda crianza para no llamar tacaños a los que le damos el pan que come. Mío es el reloj, y ahora vea el muy desvergonzado el caso que los peruanos hacemos del dinero.

Y saliendo Ijurra a la puerta de la tienda tiró el reloj al suelo, lo hizo pedazos con el tacón de la bota, y los muchachos que a la sazón pasaban se echaron sobre los destrozados fragmentos.

A uno de los parroquianos del relojero no hubo de parecerle bien este arranque de vanidad, o nacionalismo, porque al alejarse el minero le gritó:

—¡Ijurra! ¡Ijurra! ¡No hay que apurar la burra! —palabras con las que quería significarle que al cabo podría la fortuna volverle la espalda, pues tan sin ton ni son despilfarraba sus dones.

La verdad es que estas palabras fueron para Ijurra como maldición de gitano; porque pocos días después, y a revientacaballos, llegaba a Lima el administrador de la mina con la funesta noticia de que esta se había inundado.

¡Qué cierto es que las desdichas caen por junto, como al perro los palos, y que el mal entra a brazadas y sale a pulgaradas!

Ijurra gastó la gran fortuna que le quedaba en desaguar la mina, empresa que ni él ni sus nietos, que aún viven en el Cerro de Pasco, vieron realizada. Y este fracaso, y pérdidas de fuertes sumas en el juego, lo arruinaron tan completamente, que murió en una covacha del hospital de San Andrés.

Aquí es el caso de decir con el refrán: —Mundo, mundillo, nacer en palacio y acabar en ventorrillo.

Desde entonces quedó por frase popular, entre los limeños, el decir a los que derrochan su hacienda sin cuidarse del mañana:

—¡Ijurra! ¡No hay que apurar la burra!

Ricardo Palma



Después de Dios, Quirós

I

Donde se prueba, con la autoridad de la historia, que un rico de hoy es pobre de solemnidad al lado de nuestro protagonista

Por los años de 1640 llegó a la villa imperial de Potosí el maestre de campo don Antonio López Quirós, castellano a las derechas, católico rancio, bravo, generoso y entendido. La fortuna tomó a capricho ampararlo en todas sus empresas; y minas como las de Cotamito, Amoladera y Candelaria, abandonadas por sus primitivos dueños como pobrísimas de metales, se declararon en *boya* apenas pasaron a ser propiedad del maestre. En Oruro, Aullagas y Puno adquirió también minas que, en riqueza y abundancia de metales, podían competir con las de Potosí.

Tres mil llamas, al cuidado de un centenar de indios, tenía constantemente ocupadas en transportar desde Arica hasta Potosí los azogues de Almadén y Huancavelica. No osando nadie hacerle competencia, puede decirse que, sin necesidad de real privilegio, nuestro castellano tenía monopolizado artículo tan precioso para beneficio de los metales.

En sus minas, haciendas e ingenios empleaba sesenta mayordomos o administradores, con sueldo de cien pesos a la semana, y daba ocupación y buen salario a poco más de cuatro mil indios.

Para dar una idea de la (que si uniformemente no la testificaran muchos historiadores, tendríamos por fabulosa) fortuna de Quirós, nos bastará referir que en 1668, a poco de llegado a Lima el virrey conde de Lemos, propúsose nuestro minero hacerle una visita, y salió de Potosí trayendo valiosísimos obsequios para su excelencia.

El conde de Lemos, a pesar de su beatitud, y de ayudar la misa y de tocar el órgano en la iglesia de los Desamparados, era gran amigo del fausto, y se

trataba a cuerpo de rey. Pensaba mucho en el esplendor de las procesiones y fiestas religiosas y en la salvación de su alma; pero esto no embarazaba para que se ocupase también de las comodidades y regalo del cuerpo.

Conversando un día con Quirós el mayordomo del virrey, dijo este que su señor era todo lo que había que ser de ostentoso y manirroto.

—Supóngase vuesa merced —decía el fámulo— si el señor conde será rumboso, cuando me da quinientos pesos semanales para los gastos caseros.

—¡Gran puñado de moscas! —exclamó el maestre—. Quinientos pesos gasto yo a la semana en velas de sebo para mis ingenios y haciendas.

Y no hay que creerlo chilindrina, lectores míos. Así era la verdad. Para poner punto al relato de las riquezas de Quirós, transcribiremos estas líneas, escritas por un su contemporáneo: “Gastó en la infructuosa conquista del gran Paititi más de dos millones de plata; y a este modo tuvo otros desagües con su gran riqueza, la cual era en tanta suma, que ignoraba el número de millones que tenía. Desocupado en cierta ocasión un cuarto, hallaron los criados, en un rincón, una partida de dos mil marcos en piñas que no supo cuándo las había puesto allí. Los quintos que dio a su majestad pasaron de quince millones, que es cosa que espanta; y esto se sabe por los libros reales, por donde se puede considerar qué suma de millones tendría de caudal”.

Francamente, lectores, ¿no se les hace a ustedes la boca agua?

Convengamos en que su merced no era ningún *pobre de hacha*, nombre que se daba en Lima a los infelices que, por pequeña pitanza, concurrían cirio en mano al entierro de personas principales y hacían coro al gimotear de las plañideras o lloronas.

II

**Que trata de un milagro que le colgaron
al apóstol Santiago. Patrón de Potosí**

Residía en la imperial villa un honradísimo mestizo, cuya fortuna toda consistía en veinte mulas, con las que se ocupaba en transportar metales y mercaderías. Como se sabe, en el frigidísimo Potosí escasea el pasto para las bestias, y nuestro hombre acostumbraba enviar por la tarde sus veinte mulas a Cantumarca, pueblecito próximo, donde la tierra produce un gramalote que sirve de alimento a los rumiantes.

Una mañana levantóse el arriero con el alba y fue a Cantumarca en busca de sus animales; pero no encontró ni huellas. Echóse a tomar lenguas y sacó en limpio la desconsoladora certidumbre de que su hacienda había pasado a otro dueño.

Afligidísimo regresó el arruinado arriero a Potosí, y pasando por la iglesia de San Lorenzo, sintió en su espíritu la necesidad de buscar consuelo en la oración. Tan cierto es que los hombres, aun los más descreídos, nos acordamos de Dios y elevamos a él preces fervorosas cuando una desventura, grande o pequeña, nos hace probar su acíbar.

El mestizo, después de rezar y pedir al apóstol Santiago que hiciese en su obsequio un milagrito de esos que el santo, a quien tantos atribuían, hacía entonces por debajo de la pierna, levantóse y se dispuso a salir del templo. Al pasar junto al cepillo de las ánimas, metió mano al bolsillo y sacó un peso macuquino, único caudal que le quedaba; pero, al ir a depositar su ofrenda, ocurrióle más piadoso pensamiento.

—¡No! Mejor será que mi última blanca se la dé de limosna al primer pobre que encuentre en las gradas de San Lorenzo. Perdonen las ánimas benditas, que sus mercedes no necesitan pan.

Las gradas de San Lorenzo en Potosí, como las gradas de la Catedral de Lima, desde Pizarro hasta el pasado siglo, eran el sitio donde de preferencia afluían los mendigos, los galanes y demás gente desocupada. Las gradas eran el mentidero público y la sastrería donde se cortaban sayos, se zurcían voluntades y se deshilvanaban honras.

Aquella mañana el sol tenía pereza para dorar los tejados de la villa, y entre si salgo o no salgo andábase remolón y rebujado entre nubes. Las gradas de San Lorenzo estaban desiertas, y solo se paseaba en ellas un viejecito enclenque, envuelto en una capa, vieja como él, pero sin manchas ni remiendos, y cubierta la cabeza con el tradicional sombrero de vicuña.

Nuestro arriero pensó: ¡Cuánta será la gazuza de ese pobre cuando, con el frío que hace, ha madrugado en busca de un alma caritativa!

Y acercándose al viejecito le puso en la mano el macuquino, diciéndole:

—Tome, hermano, y remédiese, y en sus oraciones pídale al santo patrón que me haga un milagro.

—Dios se lo pague, hermano —contestó sonriéndose el mendigo—, y cuente que si el milagro es hacedero, se lo hará Santiago, y con creces, en premio de su caridad y de su fe.

—Dios lo oiga, hermano —murmuró el arriero, y atravesando la plaza, siguió calle adelante.

Tres días pasaron, y notorio era ya en Potosí que unos pícaros ladrones habían dejado mano sobre mano a un infeliz arriero. En cuanto a este, cansado de

pesquisas y de entenderse con el corregidor, y el alcalde, y los alguaciles, comenzaba a desesperar de que Santiago se tomase la molestia de hacer por él un milagro, cuando en la mañana del cuarto día se le acercó un mestizo y le dijo:

–Véngase conmigo, compadre, que su merced don Antonio López Quirós lo necesita.

El arriero no conocía al maestre de campo más que por la fama de su caudal y por sus buenas acciones y larguezas; así es que, sorprendido del llamamiento, dijo:

–¿Y qué querrá conmigo ese señor? Si es asunto de transportar metales, excusado es que lo vea.

–Véngase conmigo, compadre, y déjese de imaginaciones, que lo que fuere, ya se lo dirá don Antonio. Despáblese, amigo, que al raposo durmiente no le amaneca la gallina en el vientre.

Llegado el arriero a casa de Quirós, encontró en la sala al mendigo de las gradas de San Lorenzo, quien lo abrazó afectuosamente, y le dijo:

–Hermano, tanto he pedido a Santiago apóstol, que ha hecho el milagro, y con usura. Vuélvase a su casa y hallará en el corral, no veinte, sino cuarenta mulas del Tucumán. ¡Ea! A trabajar... y constancia, que Dios ayuda a los buenos.

Y esquivándose a las manifestaciones de gratitud del arriero, dio un portazo y se encerró en su cuarto.

Aquel viejecito era Quirós.

“Vestía habitualmente en Potosí –dice un cronista– calzón y zamarra de bayeta, capa de paño burdo y toscos zapatos, no diferenciándose su traje del de los pobres y trabajadores”.

III

¡Dios te la depare buena!

Asegura Bartolomé Martínez Vela, en sus *Anales*, que el maestre de campo López Quirós pretendió merecer de su majestad el título de conde de Incahuasi, y que su pretensión fue cortésmente desechada por el rey. Paréceme que si entre ceja y ceja se le hubiera metido al archimillonario obtener, no digo un simple pergamino de conde, sino un bajalato de tres colas, de fijo que se habría salido con el empeño. ¡Bonito era Carlos II para hacer ascos a la plata! Bajo su reinado se vendieron en América, por veinte mil dures, más de treinta títulos de condes y marqueses. Precisamente en solo el Perú creó los marquesados de Monterrigo, Valleumbroso, Zelada de la Fuente, Otero y Villablanca, y los condados de Villafuerte, Castillejo, Corpa, Concha, Vega del Ren, Cartago, Montemar, Sierrabella, Lurigancho, Villahermosa, Moscoso y Soto florido. Quede, pues, sentado que si nuestro minero no llegó a calzarse un título de Castilla fue... porque no le dio su regalada gana de pensar en candidices.

A propósito del apellido Quirós, recordamos haber leído en un genealogista que el primero que lo llevó fue un soldado griego llamado Constantino, el cual, en una batalla contra los moros, allá por los años de 846, viendo en peligro de caer del caballo al rey don Ramiro, voló en su socorro, gritando *Is kirós!, is kirós!* (¡Tente firme!, ¡no te rindas!) y ayudando al rey a levantarse, dióle sus armas y caballo. El monarca quiso que en memoria de la hazaña tomase el apellido de Quirós, dándole por divisa escudo de plata y dos llaves de azur en aspas, anguladas de cuatro rosas y cuatro flores de lis, un cordón en orla, y en una bordura este mote: *Después de Dios, la casa de Quirós*. El solar de la familia se fundó en el castillo de Alba, en Asturias,

después del matrimonio de Constantino con una hija de Bernardo del Carpio. Cuando la conquista de Granada, hubo un Quirós tan principal y valeroso, que los Reyes Católicos lo llamaban el rey chiquito de Asturias.

Refiérense de Quirós, el de Potosí, excentricidades que hacen el más cumplido elogio de su carácter y persona. Apuntaremos algunas: cuando le denunciaban robos de gruesas sumas que le hacían sus mayordomos, don Antonio se conformaba con destituir al ladrón y daba su plaza al denunciante, diciendo: “No menear el arroz aunque se pegue. Veamos si este ha obrado por envidia o por lealtad”.

En una ocasión le avisaron que uno de sus administradores había ocultado piñas de plata por valor de seis mil pesos. Reconvenido por Quirós, contestó el infiel dependiente que había robado por dar dote a una hija casadera. “La franqueza y el propósito te salvan, que quien no cae no se levanta –le dijo el patrón–. Llévate los seis mil, y que tu hija se conforme con esa dote, que no todas las muchachas bonitas nacen hijas de emperadores o de Antonio López Quirós”.

Y en verdad que las dos hijas de nuestro personaje, al casarse con dos caballeros del hábito de Santiago, llevaron una dote que abriría el apetito al mismo autócrata de todas las Rusias.

Presentóse un joven, sobrino de un título de Castilla, pidiéndole protección. Quirós le dijo que la ociosidad era mala senda, y que lo habilitaría con cinco mil pesos para que trabajase en el comercio. El hidalguelo sin blanca se dio por agraviado, y contestó que él no envilecería sus pergaminos viviendo como un hortera plebeyo tras de un mostrador. Nuestro minero le volvió la espalda, murmurando: “Si tan caballero, ¿por qué tan pobre? Y si tan pobre, ¿por qué tan caballero?”.

En su manera de practicar la caridad había también mucho de original. Durante los días de Semana Santa acostumbraba Quirós sentarse por dos horas

en el salón de su casa, rodeado de sacos de plata y teniendo en la mano una copa de metal, la cual metía en uno de los sacos y la cantidad que en ella cupiera la daba de limosna a cada pobre vergonzante que se le acercaba en esos días. Supongo que aquella casa estaría más concurrida que el jubileo magno.

Con personas de otro carácter que iban donde él a solicitar un donativo, empleaba un curioso expediente. En un cuarto tenía multitud de cajones clavados en la pared. Las dimensiones de ellos eran iguales, y en cada uno podía encerrarse holgadamente un talego de a mil. Quirós ponía en algunos toda esta suma, y en los demás la iba proporcionalmente disminuyendo hasta llegar a un peso. Todos los cajones estaban numerados; y cuando don Antonio tenía que habérselas con uno de los llamados hoy “pobres de levita”, y que entonces se llamarían “pobres de capa larga”, conducíalo al cuarto, diciéndole: “Escoja vuesa merced un número, y... ¡que Dios se lo depare bueno!”.

IV Entre col y col...

Entre los manuscritos de la Biblioteca de Lima existe un libro, de autor anónimo, que creemos escrito en 1790. Titúlase *Viaje al globo de la Luna*, y uno de sus capítulos está consagrado a hablar extensamente de las riquezas de Potosí y el Titicaca. Dice que desprendido en 1681 un crestón del Illimani, se sacó de él tanto oro, que se vendía como el trigo o el maíz, y que en tiempo del virrey marqués de Castelfuerte se compró por su orden una “pepita” que pesaba cuarenta y cuatro libras.

Hablando de las minas de plata, cuenta el mismo autor anónimo que un minero de San Antonio de Esquilache, asiento de Chucuito, al retirarse del trabajo arrendó su mina por mil cuarenta pesos diarios; que en la mina de Huacullani la libra de metal solo tenía cuatro onzas de tierra, siendo plata lo restante, y que allí se encontró la célebre mesa de plata maciza a cuyo alrededor podían comer diez hombres holgadamente.

Leemos en ese libro que un soldado, no creyendo bien premiados sus servicios por el presidente La Gasca, se dirigió a Carangas, donde, en un arranque de cólera, dio un puntapié sobre un crestoncillo, descubriendo una veta tan rica que hizo en breve poderosos a cuantos la trabajaron. Esa fue la conocida con el nombre de Mina de los Pobres.

Refiere el autor que una mina llamada La Hedionda producía cerca de dos mil marcos por cajón, pero que no puede explotarse por ser mortíferas sus emanaciones.

Larguísimo extracto podríamos hacer de las curiosas noticias que contiene este interesante manuscrito. Para satisfacer al lector, bastará que hagamos un sumario de las materias de que trata cada capítulo de la obra.

En el capítulo I se ocupa el autor en discurrir sobre la posibilidad de la navegación aérea, y por incidencia consagra tres páginas a Santiago de Cárdenas el Volador, limeño, que en la época del virrey Amat escribió un libro describiendo un aparato para viajar por los aires.

El capítulo II contiene una importantísima disertación sobre la coca, su cultivo y propiedades, y un estudio, también muy notable, sobre la despoblación de España y población de las Indias.

Los capítulos III y IV están consagrados a noticias sobre los sistemas para beneficiar metales, datos sobre las minas de azogue de Huancavelica,

descripción del lago Titicaca, opinión sobre su desagüe, posibilidad de una inundación espantosa, y pormenores sobre las minas de Puno y Potosí.

Los dos últimos capítulos son de importancia puramente científica o literaria. Expone el autor sus teorías sobre las mareas, desviaciones de la aguja, vientos, etc., y diserta largamente sobre el teatro y la poesía dramática.

Como se ve por este sumario, el manuscrito del autor anónimo, que fue un español que residió muchos años en el Perú, merece ser leído y consultado.

Discúlpensenos estos párrafos que poca concomitancia tienen con la tradición, y concluyamos con López Quirós.

V

Donde concluimos copiando un párrafo de un historiador

“Fue este caballero muy humilde, su conversación muy decente, extremas su religiosidad y devoción, su conciencia muy ajustada. Lo que encargaba más a sus administradores era que a los indios les satisficiesen con puntualidad su trabajo, y que en ninguna forma especulasen con ellos; porque de no tratarlos bien y medrar avariciosamente con su sudor, podría Dios castigarle quitándole lo que con tanta profusión le había dado. Finalmente, llegó a tener tanta edad (ciento nueve años), que era necesario sustentarlo con leche de los pechos de las mujeres, dándole de mamar. Pasó de esta vida al descanso de la eterna por el mes de abril del año 1699. Fue muy llorado de los pobres, que, atentos a su ejemplar caridad y virtudes, decían: *Después de Dios, Quirós*, estribillo que nunca morirá en Potosí, porque mejor que en láminas y bronces está grabado en los corazones”.

Ricardo Palma



Un tesoro y una superstición

El venerable doctor Galdós era el cura de Locumba, fue llamado para confesar a los moribundos. Era este un indio cargado de años más que un centenario, llamado Mariano Choquemamani.

Después de recibir los últimos sacramento, le dijo al cura *Taita*, voy a confiarte un secreto, ya que no tengo hijo a quien transmitirlo. Yo desciendo de Titu-Atauchi, cacique de Moquegua, cuando los españoles se apoderaron de Atahualpa este envió un emisario a Titu-Atauchi con la orden de que juntase oro para pagar el rescate. El noble cacique reunió gran cantidad de tejos de oro y en el momento en que se alistaba para conducir este tesoro a Cajamarca recibió la noticia el suplicio de Atahualpa. Titu-Atauchi escondió el oro en la gruta que existe en al alto de Locumba, acostóse sobre el codiciado metal y se suicido.

Su sepulcro está cubierto de arena fina hasta cierta altura: encima hay una palizada de *pacays*, y sobre estos gran cantidad de esteras de caña, piedras, tierra y cascajo. Entre las cañas se encontrará una canasta de mimbre y el esqueleto de un loro. Este secreto que me fue transmitido por mi padre. Yo, *taita* cura, te lo confió para que, si llegara a destruirse la iglesia de Locumba, saques el oro y edifiques un nuevo templo. Corriendo los años Galdós comunicó el secreto a su sucesor.

El 18 de setiembre de 1833 un terremoto destruyó la iglesia de Locumba. El nuevo cura creyó llegada la oportunidad de extraer el tesoro; pero tuvo que luchar con la resistencia de los indios, que veían tal acto como una profanación. No obstante, algunos reinos se asociaron y acometieron la empresa, logrando descubrir los palos de *pacay*, las esteras de caña y el loro.

Los indios se amotinaron protestando que asesinarían a los blancos que tuvieran la audacia de continuar profanando las tumbas. El coronel Pío Cornejo, después de haber sido en Lima Ministro de Guerra y Marina se



estableció en una de sus haciendas del valle de Locumba y encabezó nueva sociedad para sacar el tesoro. Se trabajó con empeño hasta descubrirse la canasta de mimbres. Pensamos que después de unos días más de trabajo encontrarían junto con el cadáver del cacique, el ambicionado tesoro.

Extraída la canasta vióse que contenía el cadáver de una *vicuña*.

Los indios lanzaron un espantoso grito y tras arrojar hachas, picos y azadones, echaron a correr aterrorizados.

Existía entre ellos la tradición de que no quedaría piedra sobre piedra en sus hogares si con mano sacrílega tocaba algún mortal el cadáver del cacique.

Los ruegos, las amenazas y las dádivas fueron impotentes para vencer la resistencia de los indios.

Al cabo se les ocurrió recurrir al aguardiente. Solo emborrachándolos pudo conseguirse que usaran las herramientas.

Removidos los últimos obstáculos apareció el cadáver del Cacique de Locumba.

¡Victoria!, exclamaron los interesados. Quizá no había más que profundizar la excavación. Un mayordomo se lanzó sobre el esqueleto y quiso separarle.

En ese mismo momento un siniestro ruido subterráneo obligó a todos a huir despavoridos. Se desplomaron las casas de Locumba, se abrieron grietas brotando de ellas agua fétida, los hombres no podían sostenerse en pie, los animales corrían espantados y se desbarrancaban y un derrumbamiento volvió a cubrir la tumba del cacique.

Se había realizado el supersticioso augurio de los indios: al tocar el cadáver, sobrevino la ruina y el espanto. Eran las cinco y cuarto del fatídico 13 de agosto de 1868.

Ricardo Palma



Los buscadores de entierros

I

Locura que no tiene cura es la de echarse a buscar lo que uno no ha guardado; y ella, desde los tiempos de la conquista, ha sido epidémica en el Perú.

En los días de Pizarro no se hablaba sino de caudales extraídos de las *huacas* o cementerios de indios por aventureros afortunados, de tesoros escondidos por los emisarios de Atahualpa, que no llegaron a Cajamarca con la oportunidad precisa, y de proyectos para desaguar el Titicaca o la laguna de Urcos, sitios donde se suponía estar criando moho la maciza cadena de oro con que diz que se rodeó la plaza del Cuzco en las fiestas con que fue festejado el nacimiento de un Inca.

Empezaba a calmar esta fiebre, cuando vino a renovarla el regalo que un *chimu* o cacique de Trujillo hizo a un español de la huaca llamada *Peje chico* o de Toledo. Entonces revivió también la conseja de que a inmediaciones de Casma o Santa estaban enterradas un centenar de llamas cargadas de oro para el rescate del Inca, especie que, en 1890, ha vuelto a resucitar, organizándose sociedad por acciones para acometer la aventura, a la vez que se formaba en Lima otra compañía para descubrir los tesoros de la cacica Catalina Huanca. Por supuesto, han sacado hasta hoy... lo que el negro del sermón: la cabeza caliente y los pies fríos.

Que ni Vera-Cruz es cruz,
ni Santo-Domingo es santo,
ni Puerto-Rico es tan rico
como lo ponderan tanto.

Cuando la persecución de los portugueses, en la época del virrey marqués de Mancera, se dijo que los hostilizados mineros, para burlar la codicia de la



Inquisición, habían enterrado barras de plata en Castrovirreina, en lea y otras provincias. Mucho se las ha buscado, sobre todo las que se supone existir en los sitios denominados Poruma y Mesa de Magallanes; pero mientras más se las busca, menos se las encuentra. Parece que hay un demonio cuya misión sobre la tierra es cuidar de los tesoros ocultos y extraviar a los buscadores. Dícese que muchas han visto a tal diablejo y hasta conversado con él.

Vino la expulsión de los jesuitas, y a todo el mundo se le clavó entre ceja y ceja la idea de que, en las bóvedas o subterráneos de sus conventos, dejaban el oro y el moro enterrados. Ignoraban sin duda los que esto propalaron que los jesuitas nunca tuvieron la plata ociosa, y que apenas reunían alguna cantidad decente la destinaban a lucrativas operaciones mercantiles o a la adquisición de fundos rústicos. No hace un cuarto de siglo que, con anuencia ministerial, se organizó en Lima una sociedad para buscar tesoros en San Pedro, y en un tumbo de dado estuvo que derrumbasen la monumental iglesia. Y derrumbada habría quedado por los siglos de los siglos.

Todavía hay mucha gente que cree en los entierros de los jesuitas. La época de la Independencia fue fecunda en historietas sobre entierros. Todo español que, huyendo de los patriotas y de los patrioterros, se embarcaba para España, de fijo que, para la opinión popular, dejaba enterrados en un cuarto o en el corral de la casa alhajas y plata labrada, o escondidas en las vigas del techo muchas onzas peluconas.

En el Castillo del Callao, sin ir mas lejos, raro es el año en que la autoridad no acuerda dos o tres licencias para sacar caudales enterrados por los compañeros de Rodil. Y lo particular es que todo solicitante posee un derrotero con el que, a ojos cerrados, puede determinar el sitio del *tapado*. Derrotero que o se lo han remitido de España, o de un modo casual vino a sus manos. Los buscadores son casi siempre pobres de solemnidad, y nunca

dejan de encontrar socio capitalista. A la postre, este se aburre, desiste de continuar cebando la lámpara, y el dueño del derrotero se echa a buscar otro bobo cuya codicia explotar.

En los presidios de España hay industriosos consagrados a forjar derroteros. De repente le llega a un vecino de Lima, como caída de las nubes, carta de Cádiz o de Barcelona, en la que tras una historieta más o menos verosímil, le hablan de próximo envío de derrotero. No falta quienes muerdan el anzuelo y remitan algunas duretes para gratificar al amanuense que ha de delinear el plano o derrotero. Eso sí, los industriosos son gente de conciencia y cumplen siempre con remitirlo.

Afortunadamente, han sido tantos los chasqueados, que la industria presidiaría es mina que va dando en agua.

Hombres he conocido que sacrificaban no solo lo superfluo, sino lo preciso, para hallar entierros. Hasta 1880 vivía en Lima un ingeniero italiano, Salini. Descubridor de riquísimas canteras de mármol entre Chilca y Lurín. Este bendito señor Salini, que pudo enriquecerse explotando las canteras, prefería pasar meses en la quebrada de Chuñeros buscando un tapado, sin más guía que una tradición popular entre los indios de Lurín.

Los buscadores de entierros son, como los mineros, gente de inquebrantable fe.

II

Los entierros domésticos, en Lima principalmente, empiezan con golpes misteriosos a medianoche, duendes o aparición de ánimas benditas o de fuegos fatuos. Cuando lo último acontece salen a campaña las varitas imanadas, ya que no se encuentra ni por un ojo de la cara un zahorí o una bruja; y si algo llega a descubrirse es la osamenta de un perro u otro animal.



No diré yo que entre cien casos no se cuente uno en que la fortuna haya sido propicia a los buscadores de lo que otro guardara; pero precisamente la noticia de que un prójimo sacó el premio gordo en la lotería, hace que todos nos echemos a comprar billetes.

—Aquí no se puede vivir. En esta casa penan, y mis hijas están al privarse de un susto. Me mudo mañana mismo —decían nuestras abuelas.

—No, hija, no haga usted ese disparate —contestaba la persona a quien se hacia la confidencia—. Aguántese usted, que esta noche vendré con un sujeto que entiende en eso del manejo de las varitas y puede que saquemos el entierro. Yo haré los gastos. Por supuesto, que la mitad de lo que se saque es para mí.

—Eso no, compadre. Le daré a usted la cuarta parte.

—No sea usted cicatera, comadre.

Y se enfrascaban en disputa sobre el cántaro roto de la lechera de la fábula. A la larga se avenían en las condiciones.

Por la noche llevaba el compadre otro camarada provisto de lampa, barretas, botellas de moscorroffio, pan, queso, aceitunas y salchichas, refacción precisa para quien se propone pasar la noche en vela; esperaban a que no se moviese ya paja en la vecindad, y desenladrilla por aquí, barretea por allá, trabajaban hasta la madrugada, y la casa quedaba en pie bajo su palabra de honor; esto es, con los cimientos movedizos. La vieja y las muchachas se ocupaban en rellenar los hoyos, a la vez que hacían los honores a la bucólica y al pisqueño *congratulámim*.

La desengañada familia se mudaba inmediatamente, dejando la casa inhabitable y al propietario tirándose una oreja de rabia por los desperfectos.

Por mucha que hubiera sido la cautela empleada, la vecindad había sentido algún ruido; y al ver los escombros, a nadie quedaba ápice de duda de que un tapado, y gordo, había salido a luz.



—¡Qué dice usted de la dicha de doña Fulana! ¡Quinientas onzas de oro, cada una como un ojo de buey! —decía una vecina.

—Mojados tiene usted los papeles, doña Custodia. No han sido quinientas, sino mil —interrumpía otra.

—¡Qué me cuenta usted, vecina!

—Yo no sé la cantidad de onzas —añadía una tercera—; pero me consta que en la carreta de mudanza iba un baulito que me pareció cofre de alhajas.

—¡Jesús ¡Jesús! ¡Y qué suerte la de algunas gentes! Ayer no tenían ni para pagarle al pulpero de la esquina, y hoy pueden rodar calesín. Así como suena, vecina.

—No digan que somos envidiosas. A quien Dios se la dio, San Pedro se la bendiga.

Y seguía la mar de comentarios... Siempre sobre la nada entre dos platos.

III

Ogorpú, en la provincia de Huamachuco, era en 1817 un pequeño pago o chacra de un mestizo llamado Juan Príncipe. Hacia el lado fronterizo del bosque de Collay, había otra chacrita perteneciente al indígena Juan Sosa Vergaray.

Acontecióle al último tener que abandonar a medianoche la cama y salir al campo, urgido por cierta exigencia del organismo animal, y mientras satisfacía esta fijó la vista en un cerrillo o huaca de Ogorpú y viólo iluminado por vivísima llama que de la superficie brotaba.

No solo la preocupación popular, sino hasta la ciencia, dicen que donde hay depósito de metales o de osamentas nada tienen de maravilloso los fuegos fatuos. A Sosa Vergaray se le ocurrió que Dios lo había venido a ver,

deparándole la posesión de un tesoro, y sin más pensarlo corrió a la huaca, y no teniendo otra señal que poner en el sitio donde percibiera el fuego fatuo, dejó los calzones, regresando a su casa en el traje de Adán.

Despertó a su mujer y a sus hijos y les dio la buena nueva. Según él, apenas amaneciera iban a salir de pobreza, pues bastaría un pico barreta, pala o azadón para desenterrar caudales.

En la madrugada, al abrir la puerta de su casa acertó a pasar su vecino y compadre Antonio Urdanivia, y después de cambiar los buenos días, hízole Vergaray la confidencia. ¡Nunca tal hiciera!

—¡Está usted loco, compadre —le dijo Urdanivia—, proponiéndose ir de día a sacar el entierro! ¿No sabe usted que la huaca huye con el sol? Espere usted siquiera a las siete de la noche, y cuente conmigo para acompañarlo.

—Tiene usted razón, compadre —contestó Sosa Vergaray—, y que Dios le pague su buen consejo. Lo dejaremos para esta noche.

Urdanivia era un grandísimo zamarro con más codicia que un usurero, y se encaminó a casa de Príncipe. Como él sabía lo de los calzones marcadores del sitio donde se escondía el presunto tesoro, estaba seguro de obtener ventajas antes de hacer la revelación. Príncipe convino en cederle la mitad del entierro; pero Urdanivia no fiaba en palabras, que arrastra el viento, y le exigió formalizar la promesa delante del gobernador. Príncipe no tuvo inconveniente para acceder.

Pero fue el caso que también al gobernador se le despertó la gazuza, y dijo que a la autoridad tocaba hacer antes una inspección ocular y percibir los quintos que según la ley tantos, artículo cuantos, de la Recopilación de Indias, correspondían al rey. Urdanivia y Príncipe, que no esperaban tal antífona, se quedaron tamañitos; pero ¿qué hacer?

El gobernador, con sus alguaciles y toda la gente ociosa del pueblo, se encaminó a la huaca. Súpolo Sosa Vergaray y les salió al encuentro. Sostuvo

que el tapado era suyo, y muy suyo, por ser él quien tuvo la suerte de descubrirlo, como lo probaban sus calzones, y que en cuanto a los quintos del rey, no era ningún cicatero tramposo para no pegarlos, y con largueza. Arguyó Príncipe que el terreno era suyo, y muy suyo, y que no consentía merodeos en su propiedad.

El gobernador, echándola de autoridad, dijo que siendo el punto contencioso, ahí estaba él para tomar posesión del tesoro en nombre del rey.

Los interesados lo amenazaron entonces con papel sellado y con concurrir hasta la Real Audiencia si la cosa apuraba. El gobernador les contestó: “Protesten ustedes hasta la pared del frente; pero yo saco el tesoro”. Y lo habría hecho como lo decía si los vecinos, todos armados de garrote, no se opusieran, amenazándolo con paliza viva y efectiva, amenaza más poderosa y convincente que mil resmas de papel sellado.

Entonces resolvió el gobernador que los calzones quedasen en el sitio hasta que la justicia fallara, y que nadie fuera osado, bajo pena de carcelería y multa, a remover el terreno.

Y hubo pleito que duró tres años, y Vergaray y Príncipe, para dar de comer al abogado, al procurador, al escribano y demás jauría tribunalicia, se deshicieron de sus chacras con pacto de retroventa; esto es, para rescatarlas con el tesoro que cada cual creía pertenecerle.

El fallo de la justicia fue a la postre que Sosa Vergaray era dueño de sus calzones y que podía llevárselos; pero que Príncipe era dueño de la huaca o cerrillo, y árbitro de dejarlo en pie o convertirlo en adobes.

Por supuesto, que celebró la victoria con una *pachamanca*, en la cual gastó sus últimos reales, y aun quedó debiendo.

¿Y sacó el tesoro? ¡Clarinete! ¡Vaya si lo sacó!

En la huaca no hallé ni siquiera objetos curiosos de cerámica incásica, sino varias momias de gentiles.

Po



Poemas

Poemas

**El poema es una obra poética
que puede ser escrita en prosa o en verso.**

Las minas de Potosí

Es justo que Zipango renuncie su decoro:
ostentan mayor pompa las cúspides andinas;
y aún pueden, en medio de las incaicas ruinas,
buscar los Argonautas el símbolo de oro.

Cuando el hispano, há siglos, tocó el clarín sonoro,
los indios se escaparon al fondo de las minas;
y bajo de las piedras y nieves cristalinas,
quedó, como en un cofre, guardado su tesoro.

El Padre de los Incas, el Sol, que oyera el grito
de ese clarín que supo colmar el Infinito,
también quiso ocultarse, miedoso de la guerra;
y así, después, al golpe del pico y de la azada,
el oro fue sacando su luz petrificada
como si el Sol brotase de bajo de la tierra...

José Santos Chocano



Colonaje

¡Vale un Perú! – y el oro corrió como una onda.
¡Vale un Perú! – y las naves lleváronse el metal...
Pero quedó esa frase magnífica y redonda,
como una resonante medalla colonial.

Dijérase que el arca de un Creso se desfonda...
¡Oh Edad de los Virreyes, que nunca tuvo igual;
se abren los ojos claros de la virreina blonda
y hace brillar sus piedras la mitra episcopal...

¿Cuyo el balcón morisco que un púlpito remeda?
¿Quién descolgó la escala de retorcida seda?
¿Cuál paseo, el de sauces, que en el río se ve?...

La Edad de los Virreyes es baile de gran brillo,
y en él, mientras se doblan las basas de un tresillo,
parecen desdoblarse los cuadros de un minué...

José Santos Chocano

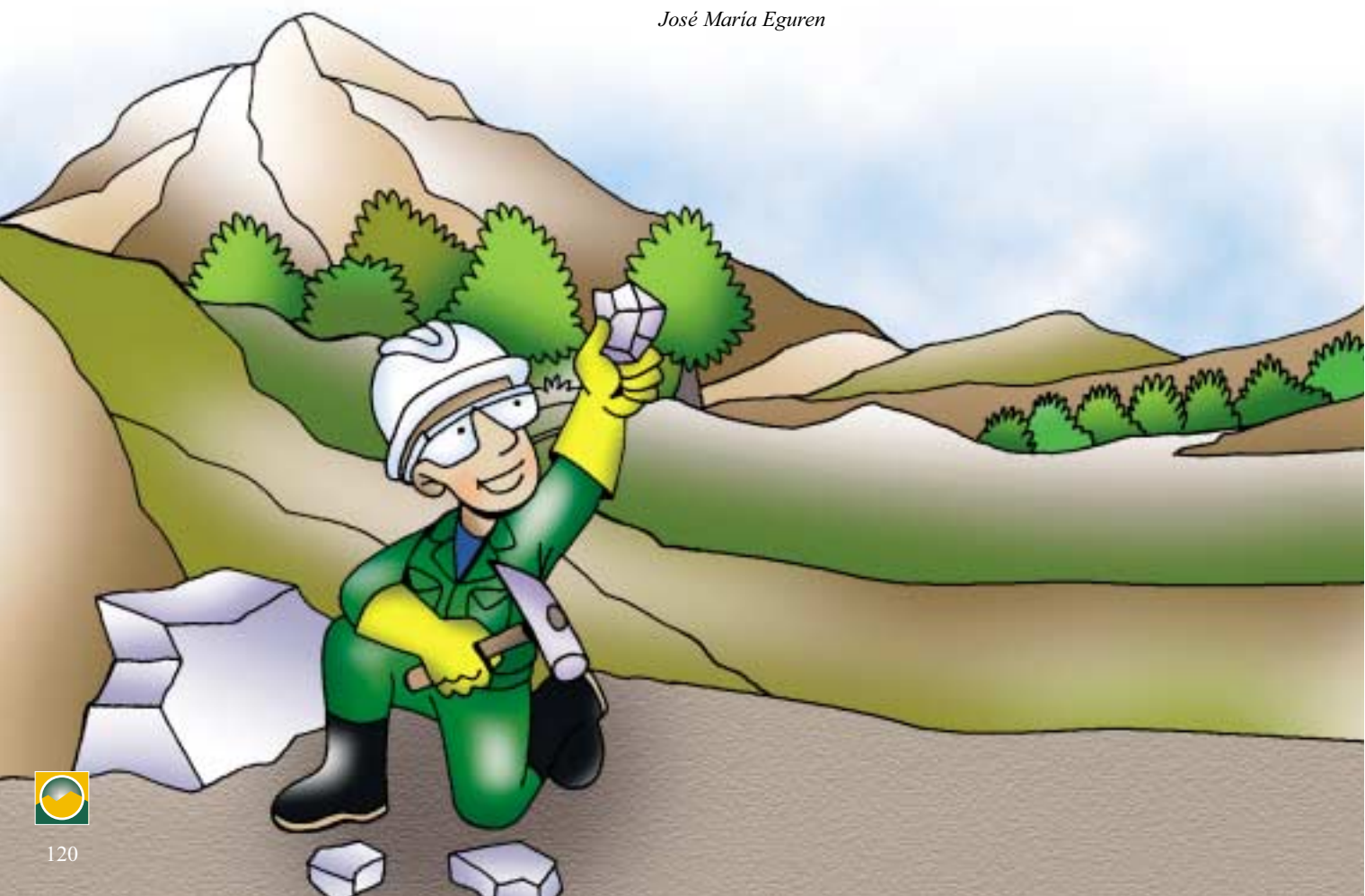


Pedro de acero

Pica, pica
la metálica peña
Pedro de Acero.

En la sima
de la obscura guerra,
del mundo ciego.

José María Eguren



Los mineros salieron de la mina

¡Mucha felicidad para los suyos!
¡Son algo portentoso, los mineros
remontando sus ruinas venideras,
elaborando su función mental
y abriendo con sus voces
el socavón, en forma de síntoma profundo!
¡Loor a su naturaleza amarillenta,
a su linterna mágica,
a sus cubos y rombos, a sus percances plásticos,
a sus ojazos de seis nervios ópticos
y a sus hijos que juegan en la iglesia
y a sus táticos padres infantiles!
¡Salud, oh creadores de la profundidad!... (Es formidable).

César Vallejo



Bibliografía

Arguedas, José María; Izquierdo Ríos, Francisco. *Mitos, leyendas y cuentos peruanos.* -- Lima: Ministerio de Educación Pública, Dirección de Educación Artística y Extensión Cultural, 1947. -- 331 p. - (Colección escolar peruana ; 4)

Bernex de Falen, Nicol; Revesz, Bruno. *Atlas regional de Piura.* -- Lima: Centro de Investigación y Promoción del Campesinado: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1988. -- 208 p.

Calancha, Antonio de la. *Coronica moralizadora del Orden de San Avgvstin en el Pery, con svcesos ejemplares en esta monarquía.* -- Barcelona: Pedro Lacavalleria, 1639. -- 922 p.

Fernández Cuenca, Justo. *Antología de la tradición y la leyenda ancashinas.* -- Huaraz: Ed. Nueva Era, 1946. --

García Tomás, María Dolores. *Buscando nuestras raíces.* -- Lima: Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica: Compañía Misionera del Sagrado Corazón de Jesús, 1993-1998. -- t.6: *Companama, Cosmovisión chayahuíta.*

Garcilaso de la Vega, Inca. *Comentarios Reales de los Incas.* -- Lima: Banco de Crédito del Perú, 1985. -- 518 p. -- (Biblioteca clásicos del Perú ; 1)

Palma, Ricardo. *Tradiciones peruanas.* -- Lima: Enrique Cappelletti Representaciones Editoriales, 2000. -- 6t.

Poesía minera andina / edición, prólogo y notas por Alberto Benavides Ganosa. Lima: Compañía de Minas Buenaventura, 1984. -- 195 p.

Porras Barrenechea, Raúl. *Los cronistas del Perú (1528 – 1650) y otros ensayos.* -- Lima: Banco de Crédito del Perú: Ministerio de Educación. -- 964 p. -- (Biblioteca peruana ; 2)

_____. *El legado quechua.* -- Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos: Instituto Raúl Porras Barrenechea, 1999. -- 421 p. -- (Obras completas de Raúl Porras Barrenechea ; 1)

_____. *Pequeña antología de Lima (1535 – 1935): Lisonja y vejamen de la Ciudad de los Reyes del Perú; cronistas, viajeros y poetas.* – Madrid: Imp. De G. Sáez, 1935. - 355 p.

Raimondi, Antonio. *El Perú.* – edición facsimilar. – Lima: Editores Técnicos Asociados, 1965. - 5t.

Toro Montalvo, César. *Mitos y leyendas del Perú.* – Lima: AFA Editores, 1997. – 3t. (Costa, Sierra y Selva)

Voces de nuestra tierra



Este libro se terminó de imprimir
en el mes de mayo de 2006, en los
talleres gráficos de Biblos S.A.



Voces de nuestra tierra



ISBN 9972-9785-2-4



9 789972 978524



Sociedad Nacional de
**MINERÍA PETRÓLEO
Y ENERGÍA**